

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Ha muerto tu cerebro

El querido Frankie ha inhalado un gas que lo ha dejado casi como un vegetal. Brigitte se lanza de cabeza a la aventura en la que se mezclan un científico muy inteligente, una fórmula llamada «Reserved craze», que primero vuelve violentas a las personas y después las convierte en poco menos que vegetales, como le ha ocurrido a Frank y un extraño hombrecillo con las uñas de oro y ¡tres ojos!



Lou Carrigan

Ha muerto tu cerebro

Brigitte en acción - 279

Archivo Secreto - 256

ePub r1.1

Titivillus 01.06.2017

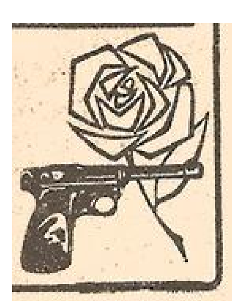
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EDICIÓN CONMEMORATIVA

4 ANIVERSARIO





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Brigitte Montfort detuvo el coche delante de la cabaña número veintitrés del Chokanooga Motel, cerca de la localidad de Fairfield.

En realidad, el Chokanooga Motel estaba en la mismísima Fairfield Beach, a unos cien metros escasos del mar. Las cabañas se veían entre pinos y arbustos de flores. El lugar era tranquilo, acogedor, y, sobre todo, precisamente por la proximidad al mar, de los que siempre encantaban a la famosísima periodista norteamericana que prestaba sus servicios en el periódico neoyorquino Morning News.

Tras dar un vistazo complacido alrededor, Brigitte se volvió hacia el asiento posterior del coche y miró, sonriente, al hermoso cachorro de pastor alemán que debía tener no más de cuatro o cinco semanas, y que, cómodamente sentado, la contemplaba, a su vez con expresión que parecía talmente risueña.

—Tú te vas a quedar aquí; «Bagur». Yo voy a entrar primero para decirle a Frankie que le tengo preparada una agradable sorpresa. Y recuerda que debes portarte bien con él, porque no encontrarás en todo el mundo una persona tan buena como Frankie, en ningún sentido. Te darás cuenta muy pronto de que es capaz de querer como pocas personas pueden conseguirlo en el mundo.

El cachorro de pastor alemán había ladeado la cabeza y sacado la lengua, mostrando sus ya largos colmillos, de un tono blanquísimo, en contraste con la negrura del paladar y la parte interior de la boca.

—Me da la impresión de que me has entendido, ¿verdad? —Casi rió Brigitte.

¡Guau!, ladró el cachorro.

Riendo, Brigitte Montfort salió del coche, cerró la portezuela para asegurarse de que el perro no cometería la imprudencia de salir del vehículo y posiblemente perderse, y se encaminó hacia la

cabaña veintitrés, donde, según le había informado Miky Grogan, su jefe en el Morning News, estaba alojado el queridísimo Frank Minello.

El cual trabajaba también en el Morning News como jefe de la Sección Deportiva. Y precisamente, Frankie estaba en Fairfield para atender asuntos de trabajo. Asuntos de trabajo que, según todos los informes de Brigitte, ya debían haber terminado, puesto que las regatas a las qué había asistido Frankie, como reportero, habían terminado aquella misma tarde. Debían haber sido unas regatas emocionantes y alegres… En realidad, a Brigitte todo lo que se relacionaba con el mar, le parecía agradable y alegre.

Pulsó el timbre de la cabaña veintitrés y compuso su mejor sonrisa de muchacha inocente. ¡Menuda alegría se iba a llevar Frankie cuando la viese! Ciertamente, recién regresada de Nueva York, procedente de El Salvador, Brigitte no tenía por qué haber hecho acto seguido aquel viaje desde Nueva York a Fairfield, cerca de Bridgeport, en el condado de Connecticut.

Pero Frankie la había ido a esperar y a despedir tantísimas veces al aeropuerto de Nueva York, cuando ella marchaba o regresaba de sus misiones de espionaje, que bien se merecía que en alguna ocasión fuese ella quien acudiera a recogerlo a él.

Misiones de espionaje… Porque la señorita Brigitte Bierrenbach Montfort, además de periodista famosa en el mundo entero, con el premio Pulitzer en su espléndido historial, era también nada más y nada menos que la famosísima agente Baby de la CIA. Con este sobrenombre de Baby era conocida en todo el mundo del espionaje, igual que con el nombre de Brigitte Montfort, en el mundo del periodismo. Sólo que mientras cualquier persona del mundo podía localizar a la señorita Montfort en el Morning News, o en su apartamento en el piso veintisiete del Crystal Building de la Quinta Avenida neoyorquina, justo delante mismo del Central Park, sólo muy pocas y escogidísimas personas, en todo el mundo, sabían quién era, en realidad, la agente Baby.

Un anonimato que era muy conveniente para la supervivencia de la divina espía, puesto que si bien había conseguido muchísimos amigos, no era menos cierto que tenía también muchos enemigos que habrían pagado gustosamente hasta cinco millones de dólares por la cabeza de la agente Baby…

Pero no era momento de pensar en esas cosas. Simplemente, ella estaba contenta porque iba a ver a su querido Frankie, y hacerle un regalo en justa correspondencia al que recibiera de él, años atrás, cuando Frankie le trajo de México, adonde se desplazó para asistir a las Olimpíadas, el pequeño perrillo chihuahua llamado «Cicero», que todavía vivía con ella en Nueva York.

La sonrisa de Brigitte se iba fatigando en su rostro de tanto esperar. Sorprendida, alzó la mano y pulsó nuevamente el timbre, mientras echaba un vistazo al número de la puerta de la cabaña. Sí, era el veintitrés. Por lo tanto, sin duda alguna, la cabaña de Frankie. ¿Quizá se había marchado él inmediatamente después de la regata e iba a resultar que ella había hecho el viaje desde Nueva York en vano?

Cuando estaba en estas vacilaciones la puerta se abrió por fin y en el umbral apareció la alta y atlética figura del simpático Frankie Minello.

Hubo una brevísima expresión de sorpresa en los oscuros ojos del periodista deportivo. Luego, sencillamente, se apartó a un lado y murmuró:

—Pasa.

Brigitte Montfort había quedado muchísimo más sorprendida por la actitud de Minello que éste por verla a ella. Lo normal en Frankie hubiese sido que al verla hubiera empezado a dar gritos de alegría y luego se hubiese arrodillado ante ella y hubiese comenzado a besarle las manos, a cantar, a decirle que era hermosísima, que era un ángel, una diosa…

Y sin embargo, Frankie se apartaba, le decía que pasase y eso era todo.

Brigitte consiguió de todos modos volver a sonreír, y se volvió hacia Minello, que estaba cerrando la puerta.

—¡Hola, Frankie…! ¿No te alegras de verme?

—Claro —gruñó Minello—. Pasa… Estaba preparando mi equipaje para regresar a Nueva York.

—Bueno… Había pensado que quizá querrías pasar un día o dos conmigo en el motel, nadando y tomando el sol, Frankie.

—Tengo que escribir un artículo para el Morning —farfulló Minello.

Brigitte se quedó mirándolo, estupefacta. Por un instante se

gastó a sí misma la broma de pensar que quizá había envejecido bruscamente y además se había convertido en una mujer fea, horrenda. Pero precisamente, cerca de ellos había un espejo redondo en el que la espía pudo contemplar su imagen.

Una imagen bellísima, como siempre. Rostro de líneas suaves, boca de expresión dulce y labios sonrosados, orejitas menudas, siempre el hoyuelo vertical en su deliciosa barbilla, los largos cabellos negros suavemente ondulados, y sobre todo los grandiosos ojos de color azul cielo incomparables, de una belleza que resultaba sobre todo sobrecogedora.

Sí.

Ella seguía siendo igual de bonita. Pero, al parecer, Frankie estaba perdiendo interés por disfrutar de su compañía…, aunque sólo fuese, como él muy bien sabía, en plan estrictamente amistoso.

—Si quieres —dijo Brigitte, tras unos segundos de estupefacción— puedo ayudarte a escribir el reportaje de las regatas, y lo enviaríamos a Miky por un medio urgentísimo para que llegase oportunamente a la edición en la que ha sido previsto, y puesto que ya habrías hecho tu trabajo, podríamos tomar un par de días el sol aquí.

—No —negó bruscamente Frankie—. Voy a terminar de recoger mis cosas.

Sin más, fue hacia la parte del dormitorio y, en efecto, continuó metiendo sus cosas en una maleta. Brigitte, que le había seguido, le contemplaba, cada vez más desconcertada, desde la puerta del dormitorio. Acabó de entrar en éste y se quedó mirando, sorprendida, parte de las ropas de Frankie, que estaban a los pies de la cama revueltas y húmedas.

—¿Qué pasa? —Intentó bromear—. ¿Acaso te has duchado vestido, Frankie?

Para mayor pasmo de Brigitte, Minello le dirigió una furibunda mirada.

—Muy graciosa… —Gruñó—. ¡Pero que muy graciosa la señorita!

—¿Te ocurre algo, Frankie?

—¡Y a ti qué demonios te importa!

Brigitte se tocó el hoyuelo de la barbilla con un encantador gesto de perplejidad.

—Supongo que estás un poco enfadado conmigo porque hace bastante tiempo que no nos vemos. Pero te aseguro que he estado muy ocupada.

—Eso ya lo supongo —refunfuñó él.

—Supongo que recuerdas también, entonces, que me fui con Número Uno a España, al hotel Cap Sa Sal. Pues bien, desde allí, cuando estábamos descansando en Villa Tartaruga, tuvimos que ir a Roma porque habían herido por la espalda a Enrico, uno de los amigos de Uno en la capital romana. Y desde Roma, después de un extraño asunto que ya te explicaré en otro momento, tuvimos que ir a El Salvador, donde también hemos resuelto entre Uno y yo otro asunto de espionaje y guerra…

Minello volvió a mirarla, fruncido el ceño.

—Sé muy bien que siempre andas por ahí resolviendo cuestiones que nada te importan.

De nuevo parpadeó, desconcertada, Brigitte. Por supuesto, algo le ocurría a Frankie, pero claro, ella no era adivina. Así que sería mejor tomárselo con tranquilidad y esperar a que Frankie, llegado el momento, se desahogase. De todos modos, Brigitte estaba sorprendidísima, pues Frankie jamás se había comportado con ella de aquel modo.

—Te he traído un regalo de España, Frankie.

—¿Para mí? —La miró ahora él, sorprendido—. ¿Un regalo para mí de España?

—Así es. Concretamente de Bagur. Es un regalo muy especial y que ha tenido que seguir unas rutas muy especiales para llegar aquí. Verás: desde Bagur fue enviado a Barcelona, desde Barcelona, a cargo de uno de mis queridos Simones, fue trasladado hasta Nueva York, donde solamente gracias a determinada influencia de la CIA, el regalo fue admitido en el país. Y en Nueva York estuvo esperando que yo pasase a recogerlo para traértelo aquí.

—Bueno… Debe ser un regalo muy importante, supongo —encogió los hombros Frank Minello.

—Es un encantador cachorro de raza pastor alemán. Me lo regalaron en Bagur unas muchachas llamadas Elena y Rosmy. Y como recuerdo de mi estancia allí, le pusimos al perro el nombre de «Bagur». Estoy segura de que te encantará, Frankie.

—Tú puedes estar segura de lo que quieras —dijo Minello—.

Pero en lo que a mí respecta, ya he visto suficientes animales por hoy.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió Brigitte—. ¿Qué te ocurre, Frankie?

Minello cerró la maleta, se irguió y se volvió para encararse completamente de frente con Brigitte. Estuvo contemplándola con terrible fijeza durante unos segundos, y por fin, farfulló:

—¡Maldita seas…! ¿Qué es lo que te has creído, puerca?

—¡Frankie! —exclamó Brigitte, palideciendo.

La enorme manaza de ex boxeador y siempre deportista Frank Minello, salió disparada hacia Brigitte, agarrándola rudamente por los cabellos y acercándola a él de un tirón.

—¿Con quién te has creído que estás tratando? Pasas fuera de casa un total de tres semanas y luego vienes aquí sonriéndome y trayéndome un perrito… ¿Crees que eso es suficiente?…

—Suficiente, ¿para qué, Frankie?

—¡Para todo! —gritó Minello—. ¡Ya estoy harto de todo esto!

—Pero… No te entiendo, Frankie… ¿A qué te refieres? ¡Me estás haciendo daño, Frankie…!

—Conque daño, ¿eh? —Pareció chirriar la voz de Minello—. Está bien, voy a dejar de hacerte daño, y voy a ser cariñosísimo contigo. Ahora lo vas a ver.

Sin soltarla del cabello, Minello utilizó la mano izquierda para colocarla sobre los turgentes senos de Brigitte Montfort. Y cuanto todavía ésta estaba petrificada por el asombro que le producía aquel inesperado y grosero gesto del querido Frankie, éste dio un tirón de la ropa, arrancándola completamente.

Los senos de Brigitte, que parecían hechos de seda, de oro y de sol, saltaron ante los cada vez más desorbitados ojos de Frank Minello, que se iban inyectando en sangre, mostrando las líneas de las rojas venillas que los surcaban. Fueron como dos hermosos pequeños soles de seda, que dejaron fascinado al periodista deportivo.

—Esto es lo que quiero… —jadeó—. ¡Esto es lo que quiero y nada más que esto!

—¡Frankie…! ¿Te has vuelto loco?

Siempre sujetando con la mano derecha la cabellera de Brigitte Montfort, Minello utilizó de nuevo la izquierda, arrancando con

tremenda brutalidad el resto de las ropas que cubrían el espléndido cuerpo de la espía internacional. En tres o cuatro segundos, y pese a la desconcertada resistencia que ofrecía Brigitte, Minello la dejó completamente desnuda a zarpazos, incluso dejando algunas marcas de sus uñas en la finísima piel de Brigitte.

—Vas a ser mía… —jadeó roncamente Minello—. ¡Vas a ser mía hasta que los dos nos quedemos muertos en la cama!

—Frankie… ¡Frankie, ya está bien! Si es una broma, te advierto que…

—¡No es ninguna broma! —Casi gritó Minello, hinchándosele las venas del cuello y de las sienes.

Y mientras gritaba, con la mano izquierda tiró al suelo la maleta, dejando libre la cama; entonces, siempre rudamente, incluso brutalmente, tendió a Brigitte sobre el lecho y acto seguido saltó sobre ella, sin contemplación ni vacilación alguna.

En un instante, Brigitte Montfort se encontró en una situación completamente inédita para ella, considerando la personalidad de quien pretendía forzarla. Forzarla sexualmente, sin ninguna duda.

Y desde luego no era ninguna broma.

Minello le había soltado la cabellera por fin. Y ahora, mientras con una mano la sujetaba, manoseando sus senos, con la otra, frenéticamente, se estaba desabrochando el pantalón.

—Vamos a ser felices… —jadeaba Minello—. ¡Tan felices que nunca me olvidarás, Brigitte mía!

—No… —gimió Brigitte—. ¡No, Frankie, por favor…! ¡Frankie, te lo suplico!

—¡Cállate! —gritó él, cambiando de nuevo de actitud—. Y pon bien las piernas para…

El empujón de Brigitte pilló completamente desprevenido a Minello, que salió despedido de la cama y cayó con fuerte sonido al suelo, junto al mueble. Pero se puso inmediatamente en pie, mientras Brigitte hacía lo mismo, saltando por el otro lado de la cama, dejándola interpuesta entre ambos.

Maravillosa en su bellísima desnudez, Brigitte adelantó una mano, con un gesto de paz, hacia el querido amigo que, evidentemente, estaba trastornado.

—Frankie, por favor, quédate ahí. No hagas, nada más. No intentes nada más. Te lo ruego, Frankie. Sé que te ocurre algo, así

que deja que yo me preocupe de…

Brigitte no terminó la frase, porque Minello, ya con el pantalón desabrochado, había efectuado un asombroso salto que lo llevó sobre la cama y, rebotando en ésta, lo lanzó como catapultado sobre Brigitte Montfort, a la que abrazó rabiosamente, de modo que, llevados por el impulso, ambos rodaron por el suelo.

Y allí, en el suelo, nuevamente Frank Minello intentó su proyecto de poseer a la fuerza a la persona que más amaba en el mundo.

—Deja que te sienta mía… —jadeaba como una bestia Minello —. Deja que te sienta mía para que tenga para siempre este recuerdo…

Brigitte Baby Montfort había comprendido ya que con palabras no se podría solucionar nada.

Así pues, y pese al dolor que ello le producía, decidió golpear a Frank Minello. Liberó el brazo derecho, desentendiéndose de los progresos de Frankie en sus intenciones, que iban convirtiéndose en realidad, y rápidamente lo disparó con su habitual maestría hacia el cuello de Minello.

Éste lanzó un alarido cuando el tremendo golpe de karate le acertó debajo de la oreja, presionando bruscamente la yugular.

Aterrada, Brigitte estaba comprobando que con aquel solo golpe no había conseguido lo que tantísimas veces con otros hombres: hacerles perder el conocimiento. Así pues, mientras Minello, rugiendo como una fiera, seguía progresando en su deseo, la espía volvió a golpearle, ahora con el canto de la mano por encima de la sien.

Este golpe, mejor dicho, este atemi de judo, sí fue efectivo.

Frank Minello emitió un extraño ronquido, sus ojos giraron en las órbitas y se desplomó como muerto, quedando encima del cuerpo de Brigitte, que rápidamente lo hizo girar, dejándolo en el suelo a un lado y poniéndose ella en pie, todavía temblando de excitación.

Durante unos segundos estuvo contemplando con expresión desorbitada a Minello. Luego, angustiada, se arrodilló junto a él y procedió a auscultarle, asegurándose de que, efectivamente, el querido amigo sólo estaba desvanecido. Tranquilizada a este respecto, y honradamente preocupada, Brigitte volvió a

incorporarse, siempre sin dejar de mirar a Frankie.

Por fin decidió que lo mejor que podía hacer era atarlo sólidamente y luego tomar decisiones con respecto a lo que convenía hacer con él.

Utilizando un cordón de cortina, le ató las manos a la espalda y con el resto de la cuerda le ató también los pies uno a otro y dejándolos unidos a las manos. Hecho esto, Brigitte recogió sus ropas y las examinó. Habían quedado completamente destrozadas, convertidas en puros harapos. Abatida, se sentó en el borde de la cama y reflexionó sobre lo que convenía hacer. Desde luego, no pensaba complicarle la vida en modo alguno a Frankie, así que ni soñar en llamar a la policía o a un hospital o clínica públicos, que se interesasen por lo sucedido. Sin embargo, no cabía la menor duda de que Frankie necesitaba cuidados y atención médica.

La solución a su extraordinaria situación fue fácilmente encontrada por Brigitte. Llamaría a Nueva York, a tío Charlie, el cual se ocuparía no sólo de pasar a recoger discretamente a Frank Minello, sino que luego lo llevaría a una clínica privada y discretísima, en la que Frankie recibiría cuidados y sería examinado como correspondiera.

Dicho y hecho.

No fue en absoluto complicado comunicarse con Charles Alan Pitzer en su floristería de Nueva York. Floristería desde la cual Charles Alan Pitzer, llamado tío Charlie por la agente Baby, dirigía los asuntos de la CIA en todo el sector llamado Nueva York. Era, por tanto, el jefe directo de Baby, y al mismo tiempo su mejor amigo, dentro del espionaje. No en vano, y tan sólo cuatro semanas antes, la agente Baby había salvado la vida a su querido tío Charlie.

Éste no pidió, por teléfono, ninguna explicación. Simplemente escuchó lo que dijo su agente preferido, preguntó dónde se hallaba y dijo que se ocuparía de atenderla inmediatamente.

Tras colgar el auricular del teléfono, Brigitte se quedó mirando nuevamente al desconocido Minello, que yacía en el suelo lívido e inmóvil.

Estaba tan preocupada por Frankie, que tardó todavía unos minutos más en volver a prestar atención al hecho de que se hallaba completamente desnuda.

Colocó de nuevo sobre la cama la maleta de Minello, la abrió y

sacó unos pantalones y una camisa. Se puso ambas prendas y luego fue a contemplarse con una expresión de burla hacia sí misma al espejo del baño.

—Bueno —se dijo a sí misma—. Ahora todo lo que puedo hacer es esperar a que venga tío Charlie.

Recordó de pronto a «Bagur», el cachorro que esperaba en el coche ser entregado a quien sería su dueño definitivo. Por un instante pensó ir a buscarlo para evitarle al animalito la soledad de un mínimo de dos horas. Pero rechazó la idea.

En estos pensamientos estaba Brigitte Baby Montfort, fumando uno de los cigarrillos de Frankie y contemplando por la ventana la oscuridad del exterior, cuando sonó la llamada a la puerta de la cabaña.

Capítulo II

No supo qué le sorprendió más, si la llamada a la puerta de la cabaña, puesto que de ninguna manera podía ser tío Charlie con Simón-Floristería o cualquier otro agente de la CIA, o el hecho de que hubiesen pasado ya tantos minutos que había anochecido.

En fin, fuera quien fuese, habría que atenderle. Posiblemente sería algo relacionado con el alojamiento de Frankie en el Shokanooga Motel. Quizá algún botones que llegaba para hacerse cargo de su equipaje, o conserje que le traía la cuenta…

Encogiendo los hombros, graciosamente vestida, Brigitte Montfort cruzó la cabaña veintitrés y abrió la puerta.

Lo primero que vio fue las dos pistolas.

Y por supuesto, la visión de aquellas dos armas apuntándola directamente a ella, la sobresaltó. Pero cuando sus ojos se alzaron, aún se sobresaltó más al ver los inexpresivos rostros asiáticos de los dos hombres que empuñaban aquellas pistolas.

—¿Qué…? —empezó.

No la dejaron terminar. Uno de los asiáticos le puso la pistola tocándole la nariz, y Brigitte enmudeció en el acto. En esta situación, el hombre empujó y ella retrocedió hacia el interior de la cabaña. Los dos asiáticos entraron y las miradas de ambos giraron velozmente hacia todos lados para detenerse enseguida en la puerta del dormitorio. Como quiera que Brigitte había tenido la precaución de cerrar ésta, sabía que nadie podía ver a Frankie, a menos que entrase precisamente en el dormitorio. Así que, en ese sentido, no debía preocuparse.

Pero sí se preocupó porque su fina intuición, desarrolladísima después de tantos años de espionaje, le hizo comprender que aquellos dos hombres estaban buscando precisamente a Frank Minello.

Las miradas de los dos asiáticos volvieron de nuevo hacia ella,

ahora expresando un ligero desconcierto, al verla vestida de aquel modo.

—¿Dónde está el hombre? —preguntó uno de los asiáticos, en aceptable inglés.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Brigitte a su vez—. ¿Qué quieren?

El que había hablado frunció el ceño, miró al otro y le hizo un clarísimo gesto de muerte, añadiendo unas palabras en un idioma que Brigitte no entendió. Y al mismo tiempo que decía esto, se desentendía completamente del asunto y comenzaba a caminar hacia el dormitorio.

No debió ser tan confiado.

Ni considerar tan desdeñosamente a aquella hermosa mujer, vestida inapropiadamente. Para cuando quiso darse cuenta, las cosas estaban ya demasiado en marcha… y prácticamente fuera de todo posible control por su parte.

Sí.

Realmente, todo sucedió muy deprisa. Comprendiendo que el asiático que quedaba ante ella la iba a matar fríamente sin la menor vacilación, Baby Montfort tampoco tuvo la menor vacilación en su acción de adelantarse al hombre. Sorprendiendo a éste, desvió su mano derecha armada con la pistola, con un veloz gesto de su mano izquierda, y al mismo tiempo la mortífera espía internacional lanzaba su mano derecha plana, recta y rígida, con los dedos hacia delante y dirigidos hacia la garganta del asiático.

Exactamente como si fuese un sable, pero un sable muy mal afilado, la punta de la mano de Brigitte se hundió con escalofriante sonido de tejidos rasgados en la garganta del asiático, ocasionándole la muerte instantáneamente, y al mismo tiempo, debido a la potencia del golpe, derribándolo con fuerza hacia atrás.

Vivir o morir, siempre el mismo dilema.

Un dilema que Baby había aprendido muy bien que cuando se presentaba debía ser resuelto sin un solo titubeo, con una decisión escalofriante, sin pararse en ninguna consideración y contemplación de ninguna clase hacia nada ni hacia nadie. O eso, o morir.

El otro asiático se estaba volviendo ya, sobresaltado por aquel extraño sonido que había oído a su espalda, cuando Brigitte saltaba hacia donde había caído la pistola del otro. El que se volvía vio en

seguida que las cosas no estaban ni mucho menos como a él le habían parecido tan lógicas e indiscutibles. Lanzó una exclamación de sobresalto, vio a su compañero tendido en el suelo, todavía rebotando tras el impacto, y, en el aire, a aquella mujer vestida de cualquier manera, como un hombre, que estaba a punto de caer sobre la pistola de su compañero.

Entonces, el hombre orientó la pistola hacia Brigitte y apretó el gatillo.

Plop.

El disparo, ciertamente, fue silencioso, pero no el rebote de la bala, que salió vibrando hacia el techo, donde perdió toda su fuerza y volvió a caer al piso.

Para entonces, Brigitte, tras esquivar el balazo disparado por el asiático, había caído sobre la pistola, la había empuñado y había girado velozmente, alejándose del lugar donde había estado el arma.

Velozmente y oportunamente, porque el asiático volvió a disparar…, pero una fracción de segundo tarde para su conveniencia y supervivencia. Porque mientras la segunda bala, tras fallar también el cuerpo de Brigitte y rebotar con agudo trémolo, iba hacia una pared, Baby Montfort disparaba a su vez.

Y con muchísima más puntería que el asiático.

La bala disparada por la espía acertó a éste en el centro de la frente y lo derribó de un modo brutal y espectacular, tirándolo de cabeza hacia atrás con las piernas hacia arriba, de modo que cayó de nuca, rebotó trágicamente y luego quedó tendido, brazos y piernas abiertos y con los desorbitados ojos fijos en el techo.

Y enseguida el silencio.

Con expresión no menos desorbitada que el asiático muerto en segundo lugar, Brigitte se quedó mirando al hombre y luego al otro, al que había matado con el golpe shuto de karate.

Por fin, dejó la pistola en el suelo, y, todavía arrodillada en éste, se pasó las manos por la cara.

¿Qué estaba sucediendo allí?

¿Realmente tenían relación aquellos dos asiáticos con Frankie? ¿Y podía esta relación proporcionar quizá alguna explicación sobre el extraño comportamiento del querido amigo?

Lo mejor sería ir junto a Frankie, ayudarle a recuperar el

conocimiento y, si se había calmado, obtener de él las oportunas explicaciones que diesen claridad a tan inesperada y desconcertante situación. Así pues, Brigitte se puso en pie, se fue hacia el dormitorio, pasando por encima del cadáver de uno de los asiáticos y segundos después se arrodillaba junto a Minello. Le dio unas cariñosas palmaditas en las mejillas, mientras le llamaba:

—Frankie… Frankie… ¡Frankie!

Pero Frankie Minello, cuya cabeza iba blandamente de un lado a otro, no reaccionaba. Asustada, Brigitte volvió a tomarle el pulso, que latía con normalidad casi absoluta. Bien, cuando menos estaba vivo, y todo lo demás seguramente se iría solucionando oportunamente.

Tras permanecer pensativa un par de minutos junto al desvanecido amigo, Brigitte decidió salir del dormitorio al pequeño saloncito de la cabaña y registrar a los dos asiáticos en busca de algo que pudiera orientarle sobre lo que estaba sucediendo.

Y así lo hizo.

Registró, en efecto, a los dos asiáticos. Y lo hizo, por supuesto, concienzudamente, como hacía ella siempre todas las cosas. Pero el registro de las ropas de los dos asiáticos no podía dar resultado ni pista alguna, puesto que ni uno ni otro llevaban nada en los bolsillos. Absolutamente nada. Se habían presentado allí empuñando dos pistolas y eso era todo.

Estaba Brigitte acuclillada junto al cadáver de uno de ellos cuando tras ella notó el cambio de ambiente que siempre implicaba la abertura de una puerta o de una ventana. En este caso, tenía que ser la puerta que se había abierto. Brigitte volvió la cabeza… y quedó petrificada por el asombro.

Aparecía un nuevo personaje, también asiático, pero sin duda alguna mucho más interesante que los dos que yacían muertos cerca de ella. Este nuevo personaje que acababa de intervenir en escena era de estatura mediana, delgado, de facciones delicadas y grandes ojos brillantes. Vestía un traje impecablemente cortado, de un color tostado, y llevaba un turbante del mismo color, que daba realce a sus exóticas facciones asiáticas.

Pero con todo, lo más llamativo de este hombre, lo extraordinariamente llamativo era, aparte de sus grandes ojos brillantes, las manos. O por lo menos la mano derecha, que se

apoyaba en el quicio de la puerta de tal modo que el dorso apuntaba hacia Brigitte, como si el hombre estuviese sosteniéndose allí. De este modo, Brigitte pudo ver la mano, muy hermosa, y al mismo tiempo las uñas. Unas uñas considerablemente largas y que parecían de oro; simplemente de oro.

Durante dos o tres segundos, Brigitte y el extraordinario personaje asiático estuvieron contemplándose fijamente. Él, como si sus ojos pudieran llegar a ser tan grandes que resultasen capaces de absorber a Brigitte. Ella, completamente estupefacta, pasmada ante aquella aparición extraordinaria y exótica.

De pronto, los reflejos de ambos comenzaron a funcionar adecuadamente. Brigitte comprendió que aquel asiático estaba relacionado con los dos que ella se había visto obligada a matar; y, lógicamente, teniendo un nuevo peligro, proveniente del recién aparecido asiático, su mirada se desplazó en busca de una de las pistolas.

Por su parte, el asiático de las uñas de oro, lo que hizo fue respingar cuando vio que la mirada de Brigitte se clavaba en la pistola más cercana a ella, que estaba en el suelo, y entonces, rápidamente, cerró la puerta, quedando, pues, fuera del alcance visual de la espía.

Baby corrió hacia la pistola, la recogió y se lanzó hacia la puerta, puso la mano en el pomo, lo hizo girar, pues ahora sí había quedado la puerta bien cerrada, la abrió de un tirón y sin temor alguno, pero con gran habilidad y experiencia salió de la cabaña de un modo que era difícil dispararle: esto es, dando dos velocísimos saltos hacia la derecha en el porche, dos hacia la izquierda y luego volviendo a tirarse hacia la derecha, rodando por el suelo y moviendo la pistola en abanico, en busca del posible enemigo que la estuviese esperando.

No había enemigo.

No había nadie allí, no se veía a nadie.

Brigitte aprovechó esto para saltar rápidamente del porche y buscar protección, ocultarse cuando menos entre unos arbustos. Allí quedó inmóvil, apercibida la pistola y esperando alguna señal de vida, alguna señal de ataque contra ella.

No se produjo nada de esto. Pero quizá habrían transcurrido veinte o veinticinco segundos cuando, de pronto, oyó el zumbido

del motor de un coche al ser puesto en marcha. Volvió la cabeza hacia allí, salió entre los arbustos y echó a correr hacia donde había oído el motor. Mientras ella corría apareció el coche, desplazándose por delante de ella como queriendo cortar la prolongación de su trayectoria. De este modo, el coche pasó a unos quince o dieciséis metros de Brigitte, lanzado a buena velocidad hacia la salida del motel.

Baby se detuvo en seco, comprendiendo que jamás podría alcanzar un coche utilizando sus piernas. Para alcanzar aquel coche tenía que utilizar el suyo, lo cual sería en aquel momento lo bastante lento como para que el otro pudiera escapar. O bien, utilizar algo que corre muchísimo más que un coche e infinitamente más que una persona.

Bien clavados los pies en el suelo, la espía internacional alzó la mano derecha, apuntó una fracción de segundo y apretó el gatillo.

Plop.

Más allá, ahora a unos treinta metros como mínimo, se oyó el estampido del neumático al reventar. A partir de ese momento, el coche efectuó toda una serie de extrañas maniobras que le hicieron ir de un lado a otro, pasar por encima del césped, de arbustos de flores, entre algunos pinos y finalmente se estrelló de costado derecho contra uno de éstos, cuando estaba ya a no menos de cincuenta metros de la espía internacional.

Sin vacilar, ésta echó a correr hacia el vehículo, mientras en algunas de las cabañas del Chokanooga Motel se encendían más luces y por algunas ventanas se oía una voz, se abrían algunas puertas…

Mientras corría, siempre empuñando la pistola, Brigitte vio salir del coche al personaje del turbante. Alzó la mano armada, pero la bajó inmediatamente. Al parecer aquel hombre no llevaba arma alguna, y en ese caso no era peligroso para la espía más astuta y eficaz del mundo. Y al mismo tiempo, sin duda alguna, aquel hombre del turbante y de las uñas de oro, podría explicar muy satisfactoriamente qué era lo que estaba ocurriendo.

El hombre de las uñas de oro corría hacia la playa, entre arbustos. Brigitte dejó de verlo en un momento dado, y entonces se detuvo y se dedicó a escuchar y a vigilar atentamente hacia la playa. Por detrás de ella se habían encendido ya muchísimas más

luces, y se oían ahora claramente voces de hombre y mujer excitadas e interrogantes.

¿Dónde se había metido el hombre de las uñas de oro?

Cautelosamente, pues no era ninguna estúpida que confiase en primera instancia en sus impresiones personales, Baby fue desplazándose entre matorrales y por detrás de troncos de pinos hacia la playa. Cuando llegó allí, solamente vio esto: la playa y como fondo las aguas que llegaban con un ribete de blanca espuma hacia las lisas arenas de Fairfield Beach.

Frunciendo el ceño en un gesto de disgusto, Brigitte regresó hacia donde se había estrellado el coche del hombre de las uñas de oro. Cuando llegó allí, varias personas rodeaban ya el vehículo, cuyo capó trasero, debido a la fuerza del golpe, se había levantado. Y debía haber algo verdaderamente interesante dentro del maletero, puesto que merecía aún más exclamaciones y grititos de sorpresa por parte de los clientes del Chokanooga Motel.

Con la pistola guardada en un bolsillo de su pantalón, Brigitte llegó allí, apartó a los curiosos y a su vez ella contempló con sorpresa el contenido del maletero.

Eran dos hombres. Dos hombres vestidos normalmente, y de raza blanca. Dos hombres a los qué Brigitte Montfort conocía, perfectamente, desde hacía varios años, de sus labores periodísticas en la ciudad de Nueva York. Eran Tom
O’Hara,
de la revista Sport Review, y Preston Dews, su colega y amigo, aunque trabajase en la revista rival, también deportiva, Sport Life.

Yacían de tal modo en el maletero, que por un instante Brigitte temió que estuviesen muertos: Pero, rápidamente, se cercioró de que no era así, sino que simplemente, estaban desvanecidos o algo parecido Porque cuando comenzó a moverlos cuidadosamente, para sacarlos del maletero, ayudada por otras personas le dio la impresión de que los cuerpos de Tom
O’Hara
y Preston Dews parecían como de plomo.

Exactamente igual que le había parecido unos minutos antes el cuerpo de Frankie en su cabaña del motel.

Capítulo III

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA, había cumplido a la perfección las instrucciones recibidas telefónicamente, procedentes de Brigitte.

Así pues, había llegado al Chokanooga Motel en un helicóptero, mientras que por otra parte había dado las órdenes oportunas para que una ambulancia se llegase también al hotel, procedente de no se sabía dónde; no le importaba esto, en absoluto, a Brigitte Montfort.

La gran ambulancia se había llevado ya a Frank Minello, Tom O'Hara y Preston Dews, mientras Charles Alan Pitzer conferenciaba muy discretamente con el sargento del Departamento de Policía, que había llegado al motel, avisado por el conserje del mismo.

Por supuesto, como en otras ocasiones, Pitzer conseguiría que el nombre de Brigitte Montfort no fuese mencionado en absoluto, y que ni siquiera la policía se acercase a molestarla al interior del helicóptero donde ella, ya vestida con las ropas que Pitzer le había traído, tras recogerlas de manos de Peggy en la azotea del Crystal Building, esperaba los resultados de todas las gestiones de su jefe de espionaje y del simpático Simón-Floristería, su ayudante.

Naturalmente, antes de hablar con el sargento del Police Department, Pitzer y Simón-Floristería fueron puestos adecuadamente al corriente por parte de Brigitte de todo lo que había sucedido que estuviera en conocimiento de ella. Con esto, Pitzer podía saber perfectamente no sólo lo que no debía decir, sino lo que debía preguntar.

Y por fin, mientras en el motel quedaba la policía, encargada de tranquilizar y dispersar a los clientes del Chokanooga, Pitzer y Simón-Floristería regresaban al helicóptero. El primero se sentó en la parte de atrás, donde esperaba Brigitte, y el segundo lo hizo ante

los mandos. Inmediatamente, puesto en marcha el aparato, que comenzó a elevarse, agitando a su alrededor arbustos, césped y poco después las copas de los pinos. En pocos segundos el helicóptero emprendía el vuelo… hacia determinada clínica privada, por supuesto perteneciente a la CIA, a la cual habían sido llevados los tres desvanecidos periodistas.

—¿Ha conseguido saber algo interesante, tío Charlie? —preguntó Brigitte.

—Puede ser interesante y puede que no. Vamos a comentarlo mientras nos dirigimos hacia la clínica, y quizá obtengamos alguna conclusión. En lo que respecta a Minello, como ya sabemos, vino aquí para tomar datos de toda clase, a fin de hacer un reportaje sobre la regata que se ha celebrado esta tarde, entre las ciudades de New Haven y Bridgeport. Dos días antes, habían llegado al Chokanooga Motel una buena legión de reporteros deportivos que venían dispuestos a hacer los reportajes para sus correspondientes revistas o periódicos. La mayoría de esos periodistas deportivos alquilaron en Fairfield Beach algunas lanchas para dirigirse a Black Rock Harbor, en Bridgeport, es decir, delante mismo de Fairfield Beach, donde terminaba la regata que habría salido del New Haven Yatch Club de New Haven. Bien, esto en líneas generales… Sin embargo, según el camarero del bar del motel, Minello hizo una apuesta con esos dos periodistas que fueron hallados en el coche.

—Un coche que será robado, naturalmente —dijo Brigitte.

—Lo investigaremos, pero puede estar segura de que así será. Como le decía, según el camarero del motel, Frank Minello, Tom O'Hara y Preston Dews, se tomaron el trabajo de otro modo. Hicieron una apuesta, que consistía en ver cuál de ellos obtenía mejor partido del mismo material.

—¿Del mismo material? ¿A qué se refiere?

—Espere… Apostaron a ver quién sabía escribir mejor una cosa que habían visto por igual. Y decidieron hacer más que ir a Black Rock Harbor y esperar la regata, como hacían la mayoría… Decidieron, digo, incluso participar en ella. Así pues, Dews, O'Hara y Minello se trasladaron desde Fairfield a New Haven en coche. En New Haven parece ser que compraron o alquilaron, esto no está

claro aún, un pequeño snipe y a bordo de él tomaron parte en la regata. Por supuesto, su labor no era ganar ni participar de un modo competitivo directo, sino vivirla junto con los otros navegantes.

—Siempre he dicho que Frankie es un buen periodista —sonrió levemente Brigitte—. Y el mejor modo de hacer periodismo, desde luego, consiste en vivir los acontecimientos sobre los cuales se va a escribir. Aunque sean simples acontecimientos deportivos.

—Lo comprendo —asintió Pitzer—. Bien, iban, según se desprende de lo explicado por el camarero, navegando de New Haven a Black Rock Harbor delante mismo de Fairfield Beach. Pero la regata llegó y
O'Hara,
Minello y Dews no llegaron. Llegaron al motel bastante después de que todo hubiera terminado y todos los periodistas se hubiesen apresurado ya a despedirse y poner rumbo a sus respectivos periódicos para escribir los reportajes correspondientes y entregarles y todo eso que usted sabe mejor que yo.

—Sí, sí, entiendo. ¿Qué pasó con
O'Hara,
Dews y Frankie?

—Pues llegaron de un humor bastante pésimo, y además, con las ropas todavía mojadas y llenas de salitre.

—¿Quiere decir que tuvieron un accidente en el mar?

—Exacto. Según Dews contó al camarero, aunque no de muy buena gana, cuando estaban a la altura de Lordship Beach se les rompió el timón del pequeño snipe, y no pudieron hacer nada para controlarlo. De este modo el snipe se acercó a la costa y finalmente volcó y quedó embarrancado en un bajo de arena. Minello y los otros dos periodistas, puesto que ya todos los participantes y acompañantes de la regata seguían hacia Bridgeport, llegaron a nado a la playa de Lorship, y desde allí se dirigieron hacia la carretera, en busca de ayuda. Fueron recogidos por un muchacho que conducía una camioneta y que los trajo hasta el mismísimo Chokanooga Motel. Pidieron sus cuentas, fueron al bar a tomar unos tragos… Se entiende que fue aquí donde cambiaron sus comentarios y se dignaron contestar a alguna pregunta del camarero, y luego se fueron a sus respectivas cabañas para recoger sus cosas y

marcharse. Eso es todo lo que se sabe.

Brigitte permaneció silenciosa. En la oscuridad de la noche, bajo las estrellas, el helicóptero zumbaba con fuerza en su desplazamiento hacia la clínica privada donde habían sido llevados los tres periodistas. Por fin, Brigitte asintió con un gesto.

—Está bien. De todos modos, no tenemos por qué calentarnos demasiado la cabeza, tío Charlie. Dentro de poco, espero que Frankie y los otros dos despierten y entonces nos darán una explicación que pueda aclarar estos extraños acontecimientos.

* * *

Brigitte Baby Montfort se equivocó completamente.

Es decir, Frank Minello, Preston Dews y Tom O'Hara, en efecto, despertaron por fin. Pero ninguno de ellos reaccionaba en modo alguno. Tras ir de uno a otro, esperando alguna explicación, comentario o actitud, aunque sólo fuese un gesto, Brigitte regresó, desalentada, para dedicarse de modo más especial a Frank Minello.

Frank Minello yacía en la cama de su habitación incorporado a medias gracias al mecanismo de aquélla. Brigitte se sentó en el borde de la cama a la derecha del ex boxeador y periodista, el más querido de sus amigos.

—Frank… —susurró—. Frankie, ¿puedes oírme?

La mirada de Minello, que permanecía bobaliconamente fija en un cierto punto de la pared, se desvió lentamente hacia Brigitte. Pero ésta vio, en los oscuros ojos de Minello, la más absoluta ausencia de comprensión o inteligencia.

—¿Puedes oírme o no?

No hubo tampoco reacción en Frank Minello. Sencillamente miraba a Brigitte Montfort. Y no como solía hacer él, ya fuese enfadado por alguna de sus bromas o de sus divertidas tonterías, o contento por algo que le hubiese dicho Brigitte, o contando uno de sus malísimos chistes… No. Simplemente, Frankie Minello tenía la vista fija en Brigitte Montfort como hubiese podido tenerla fija en una piedra, en una nube o en una mota de polvo.

—¿No puedes reaccionar de ninguna manera, Frankie? —insistió la espía.

No. Al parecer, no había ninguna manera de que Minello reaccionase. Su actitud continuaba siendo la misma. Brigitte volvió la cabeza hacia el médico que había entrado acompañándola a ella y a Charles Alan Pitzer. El cual, por cierto, se hallaba completamente repuesto de la herida que sufriera semanas atrás.

—¿Qué puede decirme en definitiva sobre Minello, doctor?

—En definitiva, nada —movió la cabeza el médico—. Lo único que puedo decirle es que físicamente se encuentra todo lo bien que cabría esperarse. Por lo demás, esa especie de alelamiento no puedo decirle a qué es debido.

—¿Pude habérselo causado yo con un par de golpes? —preguntó con voz tensa Brigitte.

—No. Este tipo de… relajación mental, de ausencia total de pensamientos o de ideas, pero en plena vigilia, no me parece una consecuencia propia de unos golpes. Observe usted los ojos de este hombre. No son unos ojos en los que haya un residuo de angustia o de dolor. Simplemente, son unos ojos que no expresan nada. Como si fuesen simples trozos de vidrio, tras los cuales no hubiese el menor atisbo de inteligencia o de cualquier clase de reacción mental.

—¿Como si no tuviese cerebro? —preguntó Brigitte.

El médico de la CIA se quedó inmóvil, mirando fijamente a la espía y estuvo así unos segundos. De pronto, parpadeó, y asintió con la cabeza.

—Sí… Es una buena definición de la reacción y actitud de este hombre.

—Pero supongo que algo se podrá hacer por él para que se recupere…

—No lo sé. De todos modos, naturalmente, no vamos a dejarlo así, esperando que se recupere por sí mismo. Como es natural, vamos a proceder a un estudio adecuado e intensivo de los tres hombres. He llamado a un par de colegas que llegarán no tardando mucho y con los cuales haré una consulta. Supongo que iniciaremos el examen a fondo de los tres afectados, con unos encefalogramas. Eso, como punto de partida. Y durante el resto de la noche ya veremos qué se puede ir haciendo…

Durante el resto de la noche, los tres médicos de la CIA, reunidos en consulta, no pudieron hacer nada.

Por supuesto, sí llevaron a cabo con Minello, O'Hara y Dews, no sólo unos electroencefalogramas, sino incluso electro-shocks y otras varias pruebas de diversa índole, a las que Brigitte Monfort, que pasó despierta toda la noche, fue asistiendo una tras otra.

El resultado fue que hacia las siete y media de la mañana los tres médicos estaban fatigadísimos. El resultado había sido completamente nulo en cuanto al menor indicio de lo que ocurría con los tres hombres. Y en cuanto a éstos, simplemente, cada uno yacía en su cama con los ojos abiertos y la misma expresión de ausencia total de reacciones mentales.

Finalmente, cansada, Brigitte se tendió en el sofá que le habían colocado en la habitación de Minello, y quedó inmediatamente dormida. Le parecía que apenas había cerrado los ojos, cuando notó las suaves sacudidas en un hombro, y los abrió de nuevo.

—Tío Charlie… —musitó—. ¿Qué ocurre?

Se sentó rápidamente en el sofá y miró su relojito de pulsera. Eran las diez menos cuarto de la mañana, es decir, que había dormido más de dos horas en lo que a ella le parecía apenas un segundo. Pitzer se sentó en el sofá junto a ella, y extrajo de un bolsillo interior un sobre, que le entregó.

Brigitte sacó del sobre unas fotografías. Correspondían a un hombre como de unos cincuenta y cinco años, abundante cabellera gris, ojos claros y facciones muy pálidas.

—Visto —asintió, devolviendo las fotografías a Pitzer—. ¿Quién es?

—Se llama Sidney Lark. Es un investigador científico, que ha estado prestando sus servicios en el Departamento de Armas Reservadas del Pentágono. Concretamente, en el Most Reserving Arms Department. Últimamente estaba ocupado en la preparación de un gas de escala dispersión al que se le llama comúnmente R. C, es decir, Reserved Craze.

Brigitte se quedó mirando muy atentamente a Pitzer.

—¿Locura reservada? —musitó.

—Ese es el nombre del gas en el que ha estado trabajando el profesor Sidney Lark. Naturalmente —mostró el sobre con las fotografías—, este hombre es Sidney Lark, usted ya lo habrá

comprendido. En cuanto al R. C, o Reserved Craze, es efectivamente un gas, que produce un determinado tipo de trastorno mental.

—¿Cómo el de Frankie, por ejemplo?

—No se sabe seguro. El profesor estaba de lleno dedicado a esos estudios, cuando desapareció.

—¿Ha desaparecido el hombre que estaba fabricando el R. C para el Pentágono? —exclamó Brigitte.

—Así es.

—Pero… ¿Cuándo? ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Cómo es posible que la CIA no haya intervenido para…?

—Tranquila —aconsejó Pitzer—. Sí, se está buscando al profesor Lark desde hace varias semanas. Incluso ha intervenido en esto el FBI. Pero, hasta el momento, este investigador científico no ha sido hallado ni se tiene la menor pista que pueda conducir a su paradero.

Brigitte asintió haciendo al mismo tiempo un gesto comprensivo. Luego, tras unos segundos de reflexión, preguntó:

—Bueno…, ¿y qué tiene o qué puede tener que ver el profesor Sidney Lark con aquel exótico hombre de las uñas de oro, tío Charlie?

—Sobre eso no tengo ni la menor idea. Del mismo modo que, después de examinar con toda atención a los dos hombres que usted mató en la cabaña de Minello, en el Chokanooga Motel, no se ha conseguido ninguna identificación positiva. La conclusión a que se ha llegado es que esos hombres son de raza tibetana o lo más aproximada posible. Sólo eso.

—¿Podrían ser chinos?

—No. Al parecer su ascendencia es bastante pura y no se aprecia una influencia de ninguna manera. La idea es que son auténticos tibetanos. Pero claro está, podrían ser chinos en cuanto a nacionalidad, del mismo modo que podrían ser de cualquier país que tuviese territorios en el Tíbet.

—Entiendo. ¿Y respecto al coche que utilizó el hombre de las uñas de oro?

—Robado, naturalmente. Y como usted comprenderá, pese a que se están buscando huellas en él, no tenemos la menor esperanza de conseguir nada productivo.

—Sí… Sé muy bien que esta clase de investigaciones casi nunca

ofrece nada que solucione los problemas. Pero, en fin, algo hay que hacer mientras esperamos. Una de esas cosas va a ser disponer una vigilancia de la más estricta seguridad para Frankie,
O'Hara
y Dews. Eso, por un lado; y por otro, supongo que vamos a montar nuestra propia búsqueda del profesor Lark.

—Sabía que diría usted eso —asintió Pitzer, sacando un gran mapa, que comenzó a desdoblar—. Considerando que tenemos a nuestra disposición a tres hombres que parecen afectados por el R. C, cabe pensar, con toda lógica, que esos tres hombres han pasado por un lugar donde había emanaciones de dicho gas. Y si había emanaciones de dicho gas, cabe la posibilidad de que el profesor Lark esté muy cerca de esos lugares. Entonces, basándome en las explicaciones que conseguí anoche y en una investigación más profunda que hemos realizado, yo he trazado, una ruta que supongo siguieron Minello, Dews y
O'Hara
desde que salieron de Bridgeport hasta que llegaron al motel donde, al parecer, salieron a la superficie los efectos del R. C.

—¿Esa ruta atraviesa la ciudad de Bridgeport, tío Charlie?

—Así es. Y precisamente eso es lo que nos hace temer que no vamos a conseguir nada, ya que si fueron afectados por el gas en Bridgeport… ¿No?

—No —continuó moviendo todavía un instante la cabeza Brigitte—. Yo creo que eso no les sucedió a Frankie, Dews y
O'Hara
en Bridgeport, porque si así fuese, dudo mucho que solamente ellos tres hubiesen resultado afectados. Por lo tanto, debemos buscar en toda esta ruta que usted ha señalado, un lugar o varios lugares en los cuales estuviesen solos.

—Bien pensado —aprobó Pitzer—. Y además eso puede facilitarnos mucho la búsqueda, porque ellos solamente estuvieron solos desde que salieron del New Haven Yatch Club hasta que, después de naufragar y llegar a la costa, fueron recogidos y traídos hasta el Chokanooga Motel.

—Bueno —reflexionó Brigitte—. Desde luego, si este gas les afectó en el mar, no vamos a tener la menor probabilidad de localizar nada importante. Pudo provenir de cualquier embarcación

que, naturalmente, en estos momentos estará muy lejos. Entonces, la zona de búsqueda queda muy reducida. Es decir, del punto de la playa a la que llegaron hasta el sitio donde fueron recogidos para ser llevados al Chokanooga Motel.

—De acuerdo. Voy a ocuparme de dar las órdenes al respecto. ¿Usted se queda aquí?

—Por el momento, sí. Quiero ver cómo evoluciona Frankie, y además, espero tener tiempo para pensar qué relación podía haber entre el profesor Lark y el hombre de las uñas de oro. ¿Tenía el profesor Lark algunas tendencias… digamos políticas o de cualquier otro tipo ajenas a sus investigaciones o trabajos científicos?

—No. Que se sepa, el profesor Lark sólo sentía interés por su trabajo y por nada más.

—Está bien. Avíseme si encuentran algo, tío Charlie.

Pitzer asintió y se puso en pie. Salió del cuarto que ocupaba Frank Minello, el cual continuaba sentado y con la misma expresión. Brigitte se acercó a la cama, se sentó a un lado y acercándose al incorporado periodista deportivo lo besó suavemente en los labios.

Pero ni siquiera así había conseguido hacer reaccionar a Frankie Minello.

Capítulo IV

Hacia las seis de la tarde, Brigitte Monfort llegó en un helicóptero al lugar donde los agentes de la CIA, reclutados para aquella búsqueda, habían informado de un hallazgo que bien merecía la pena ser detenidamente examinado.

El hallazgo era un chalé que parecía abandonado. Abandonado muy precipitadamente, y alrededor del cual, tras una alta tapia de ladrilló, fueron halladas unas cuantas jaulas que contenían animales, cuyo estado podía calificarse de estupefactos: Dentro de las jaulas habían otros animales de potencia inferior a los que se hallaban estupefactos y que evidentemente habían sido víctimas de éstos, que los habían despedazado.

En una jaula había perros, en otra gatos, en otra pollos y en otra más pequeña unos cuantos diminutos ratones, que se paseaban sobre los cadáveres de sus compañeros que habían sido menos poderosos.

En cada una de estas jaulas, la muerte de unos animales había sido producida, bien claro se veía por las señales de lucha y la sangre salpicada a todos lados, por los más dotados físicamente.

Tras examinar este estremecedor cuadro, Brigitte Baby Montfort preguntó:

—¿Han entrado en la casa?

—Sí. Hay un laboratorio, desde luego —dijo uno de los agentes de la CIA.

—¿Pero ni una sola persona?

—No. Por lo que fuese, el lugar fue abandonado con cierta precipitación, lo cual es evidente si consideramos que muchas de las cosas del laboratorio pudieron ser trasladadas con facilidad.

Baby asintió con un gesto y miró alrededor. Hacia delante de la casa solamente se veían unos pinos y el mar azul. Por detrás y a los lados, pequeñas elevaciones de terreno, donde también se veían

discretas cantidades de pinos de copa verde oscura.

—Está bien. Vamos a echar un vistazo un poco más completo al interior de la casa. En cuanto a estos animales, habrá que ocuparse de sacar a los que están vivos para ser trasladados a su lugar donde puedan ser examinados por veterinarios o personal similar competente.

—Desde luego —intervino Pitzer—, yo diría que su estado es idéntico al de Frankie y los otros dos.

Brigitte asintió simplemente con un gesto y señaló de nuevo la casa. Todos fueron hacia la puerta de ésta que ya había sido con anterioridad abierta por los expertos agentes de la CIA.

Sentado en el asiento posterior del coche, el hombre del turbante y de las uñas de oro, sostenía con sus finos y elegantes dedos los prismáticos con los cuales estaba mirando hacia el chalé que había sido ocupado por la CIA.

—Mala suerte… —dijo en claro inglés—, pero, afortunadamente, todo está previsto en esta situación, profesor Lark. De modo que podrá usted seguir trabajando tranquilamente en mi otra propiedad.

—No es eso lo que me preocupa en estos momentos, sino que al fin han encontrado mi rastro. Porque, naturalmente, después de lo que pasó con aquellos tres hombres y habiendo ahora encontrado a los animales en ese estado, la CIA o quienquiera que haya sido encargado de mi busca, comprenderá que yo he estado aquí. Y ya es un punto de partida para seguir rastreando.

El hombre de las uñas de oro bajó los prismáticos, y volvió la cabeza hacia su vecino de asiento. En el delantero había otros dos hombres. Dos asiáticos de rostro de bellas facciones, mas expresión inescrutable.

—Hay una bellísima mujer interviniendo en todo esto —murmuró el hombre de las uñas de oro—. Es la que le he permitido mirar antes con los prismáticos. ¿La conoce usted?

—Sí —asintió Sidney Lark—. Es una famosísima periodista que vive en Nueva York… Sus artículos son publicados en muchísimos periódicos, difundidos por una agencia de prensa, después de que las primicias las ha disfrutado un periódico de Nueva York, que creo es el Morning News.

—¿Y qué hace una periodista metida entre investigadores del servicio secreto norteamericano? —Alzó las cejas el asiático de las

uñas pintadas con oro.

—No tengo ni la menor idea.

—¿Dónde vive ella, en Nueva York?

—Tampoco lo sé. Pero puesto que sabemos su nombre, Brigitte Montfort, no tiene que ser en absoluto difícil localizarla, aunque sea por el simple procedimiento de buscarla en el listín telefónico.

El hombre de las uñas de oro hizo un gesto de asentimiento, alzó los prismáticos y se dedicó a mirar de nuevo hacia el chalé, entre los pinos que lo ocultaban parcialmente. Durante tres o cuatro minutos, dentro del automóvil, los cuatro personajes permanecieron silenciosos, mientras el más exótico de ellos seguía mirando el chalé. Sentado junto a él, el profesor Sidney Lark comenzó a impacientarse, hasta el punto de que, en determinado momento, tocó en un brazo al hombre de las uñas de oro y el bello turbante de color tostado.

Éste, bajó los prismáticos volviendo la cabeza vivamente.

—Creo que deberíamos marcharnos de aquí. Nuestra permanencia en este lugar es solamente un riesgo innecesario.

—Esperaremos sólo un poco más —musitó el hombre de las uñas de oro—. Solamente quiero verla otra vez.

—¿A quién? ¿A Brigitte Montfort?

—Así es.

—¿Qué le ocurre, Pukin? —sonrió, como divertido realmente el profesor Lark—. ¡No me diga que se ha enamorado de ella!

El bhutanés, Pukin Zondga, frunció el ceño con disgusto un instante. Luego ignoró por completo a Sidney Lark y volvió a mirar con los prismáticos hacia el chalé. Todavía transcurrieron otros dos minutos antes de que, de sus finos y delicados labios bien dibujados brotase una exclamación de contenida alegría.

—¡Ahí está otra vez! ¡Es la mujer más bella y elegante y delicada que he visto en mi vida! ¡Y es una mujer de raza blanca, una occidental! Y por si fuera poco, norteamericana… ¡Resulta increíble!

—Deberíamos marcharnos —refunfuñó Lark, insistiendo.

—Sí… Tiene usted razón, desde luego —admitió, finalmente, Pukin Zondga—. Solamente unos segundos más hasta que… Bien. Ya no la veo. Creo que por el momento lo mejor será marcharse de aquí, en efecto. Arko, pon el coche en marcha. Y en cuanto

lleguemos a la otra casa, tú, Chak, vas a encargarte de organizar un pequeño grupo de tres hombres de los cuales tú serás uno, para emprender un viaje a Nueva York.

—Sí, Pukin —dijo el hombre sentado junto al conductor—. Lo prepararé todo en cuanto lleguemos.

—Bien. ¿Qué esperas, Arko?

El que estaba al volante sonrió levemente, puso el coche en marcha y éste comenzó a rodar suavemente entre los pinos, hacia el camino que muy pronto, a su vez les dejaría en la carretera.

—Ha sido una lástima esta interrupción en mi trabajo —masculló de pronto Sidney Lark.

—No ha sido culpa de nadie —dijo Pukin Zondga—. Desde luego fue una infortunada casualidad que esos tres hombres llegasen al jardín del chalé en busca de ayuda, justo en el momento en que usted había lanzado su gas hacia las jaulas de los animales, para ver qué ocurría. Y como los efectos del gas todavía persistían, no podíamos salir nosotros para capturar a esos hombres, pues habríamos tenido también los mismos efectos. Y hasta que los conozcamos definitivamente bien o usted haya terminado su antídoto, profesor Lark, no me parece inteligente arriesgarnos a sufrir los efectos del R. C.

—Desde luego que no —acordó Lark con Pukin Zondga—. Sería una gran imprudencia someterse a los efectos del R. C, sin conocer sus resultados definitivos y sin tener tan siquiera el antídoto. Ha sido una lástima no poder llevarnos algunos de esos animales para seguir estudiándolos.

—La intervención de esos hombres, su aparición, ha sido demasiado rápida. Y menos mal —se inquietó Pukin Zondga— que se me ocurrió desconfiar de ese grupo de hombres que iba batiendo el terreno y pudimos escapar antes de que llegasen. Ya es bastante que, aunque lo hayamos dejado prácticamente todo atrás, nosotros podamos irnos a mi otra casa. Allí podremos conseguir otros animales y otras jaulas y ver sus reacciones al recibir los efectos del R. C, y después, cuando ya hayan matado a sus congéneres y se queden con esa actitud pasiva en la que…

—En la que el cerebro ha dejado de funcionar —dijo Sidney Lark—. Habrá que repetir todas las pruebas, en efecto.

—Bueno, considerando que usted ya está adelantadísimo en

esto, y yo diría que incluso ha terminado sus estudios sobre el Reserved Craze, no creo que sea cuestión de muchos días ponernos de nuevo al corriente de trabajo —dijo Zondga—. Lo que sí fue una lástima es que cuando mis hombres y yo fuimos detrás de esos tres náufragos, poco después de que ellos hubieran pasado por el chalé, y pese a la dificultad que entrañaba, todavía pudimos localizarles y seguirles hasta el Chokanooga Motel, finalmente no pudiéramos traerlos aquí.

—Todavía no he comprendido lo que ocurrió exactamente —dijo Sidney Lark.

—Pues, como usted recordará, esperamos hasta que los efectos del R. C cesaran, y entonces salimos mis hombres y yo rápidamente detrás de los tres náufragos que habían estado en el jardín. Ellos habían estado llamando y mirando por todas partes, mientras se iban empapando de R. C y sin hacer caso, por supuesto, de las jaulas con animales. Como vieron que no podían entrar en la casa, y nadie salía, debieron comprender que no había nadie en ella, y entonces se fueron en busca de otras personas, que pudieran ayudarles. En cuanto los efectos del gas cesaron, nosotros salimos tras ellos y aún los pudimos divisar por la carretera antes de que subiesen a aquella camioneta. Fuimos tras ellos hasta el Chokanooga Motel y esperamos a la noche para entrar en sus respectivas cabañas y capturarlos a fin de traerlos aquí y estudiar las reacciones del R. C, en cuanto comenzaron a producirse. Con dos de ellos no hubo la menor dificultad. Los sorprendimos y los pusimos en el maletero del coche. Pero, al ir por el tercero, surgieron todos los inconvenientes que, ésos sí, se los he explicado ya.

—Sí. Ya sé. Bien, esperemos que me halle seguro en su otra residencia, Pukin. Porque no le quepa la menor duda de que, a partir de ese chalé que hemos abandonado, la CIA va a reemprender mi búsqueda con mucha más furia que en todas estas semanas pasadas.

—Que le busquen… —sonrió el hombre de las uñas de oro—. Cada cual puede perder el tiempo como mejor le plazca. En cuanto a mí, de todo este asunto, en definitiva sólo quedan dos cosas que me interesan. Una de ellas es que usted prosiga su trabajo y que consigamos la definitiva fabricación del Reserved Craze. Y la otra…

La otra es esa bellísima mujer llamada Brigitte Montfort…

* * *

Brigitte Baby Montfort, de nuevo en el pequeño jardín del chalé cercano a la playa, en Lordship Beach, daba las últimas instrucciones respecto a lo que a su juicio convenía hacer.

—Desde luego, el chalé tiene que ser ocupado por agentes de la CIA y por personal científico, que pueda obtener datos importantes en ese laboratorio o en casi toda la casa. Y ni que decir tiene que todos los animales de esas jaulas, tanto los muertos como los vivos, serán examinados. En definitiva, tío Charlie, todo esto va a escapar a nuestras actividades habituales, por lo que le sugiero que coloque usted al mando de esto al agente idóneo y nosotros regresemos a la clínica.

—De acuerdo —asintió Pitzer—. Voy a encargarme ahora mismo de ello.

—De todos modos, si prefiere usted quedarse aquí y ser quien dirija todo esto por mí no hay inconveniente —aseguró la divina espía.

—De ninguna manera —movió la cabeza Pitzer—. Tenemos personal suficiente y mucho más capacitado que yo para hacer todo esto. Y personalmente, prefiero continuar siempre que sea posible al lado de usted. A fin de cuentas hace ya años que sé que allá donde esté usted, allá estará la solución.

—Es usted muy amable —sonrió Brigitte—. Dígame una cosa, tío Charlie… ¿No ha notado usted un ligerísimo olor dentro de la casa?

—¿Qué clase de olor?

—¿Cómo le diría yo…? Digamos algo así como aceite frito quemado… ¿No lo ha notado usted?

—Pues, no —se desconcertó un instante Pitzer—. Pero ahora que recuerdo, se me informó que el gas R. C tenía un fuerte olor a aceite frito quemado, en efecto.

—Entonces, ya no puede cabernos la menor duda de que, en efecto, el profesor Sidney Lark ha estado trabajando en este chalé. Lo interesante sería saber si lo ha estado haciendo voluntariamente u obligado por otras personas. Porque, como es natural, yo no dejo de pensar en los dos tibetanos, o lo que sean… Y especialmente, en

el bello y delicado sujeto del turbante y de las uñas de oro.

—También habrá que dedicarse a buscar a ese sujeto —refunfuñó Pitzer—. Seguramente, él podría explicarnos, quizá incluso mejor que el profesor Lark, qué significado tiene todo este asunto.

—Sí, por supuesto. Pero en estos momentos lo que más me interesa a mí es volver junto a Frankie. ¡Ojalá que todo haya mejorado para él!

Pero no. Nada había mejorado para Frank Minello y los otros dos periodistas. A éstos, Brigitte les miró unos segundos. Luego fue a quedarse de nuevo toda la noche con Minello, que continuaba sentado en la cama, apoyado en la mitad del somier alzado por medio del mecanismo de manivela, y cuyos ojos continuaban pareciendo dos simples trozos de vidrio sin expresión alguna.

Sentada en el borde de la cama, junto a él, Brigitte le tomó una mano y se la acarició cariñosamente:

—Frankie… ¿Continúas sin poder oírme?

No hubo respuesta ni cambio de expresión en Frank Minello. Era la más grande manifestación de ausencia de cualquier reflejo de todo tipo.

—Frankie… Simplemente, si puedes oírme y me entiendes, apriétame la mano. ¿Puedes hacerlo?

Brigitte esperó en vano a que Frank Minello apretase su mano. Si la había oído o no era imposible saberlo. Tampoco era posible saber si, de haberla oído, la habría entendido. Incluso era imposible saber si, además de aquella anulación mental absoluta, no se había producido otra, puramente física, en el atlético, simpático y siempre querido Frankie Minello.

Era más tarde de las once de la noche cuando Charles Alan Pitzer entró en el cuarto que ocupaba el periodista deportivo y fue a sentarse en el sofá que había sido colocado allí, la noche anterior, para Brigitte. Ésta fue a sentarse junto a su jefe en el espionaje internacional, y encendió un cigarrillo. Por fin, consiguió dejar de mirar a Minello y miró a Pitzer.

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna. Los médicos lamentan mucho que, en todo el personal científico afecto a las investigaciones del Pentágono, no haya ninguno que estuviese lo bastante al corriente del Reserved

Craze, para poder darles alguna indicación útil. Por lo demás, los médicos continúan estudiando el asunto con el máximo interés, pero nada se ha conseguido.

—Por lo que parece, solamente el profesor Lark podría decirnos qué es lo que le ocurre exactamente a Frankie, y si hay alguna posibilidad de sacarlo de esta… abstracción mental. ¿No es así, tío Charlie?

—Así parece —musitó éste.

—Bien… En ese caso, pienso que ha llegado el momento de que la agente Baby se ponga a buscar muy en serio a ese científico.

—Nuestra única pista es el chalé de la playa en Lordship Beach… —recordó Pitzer—, y allí, si bien se han encontrado las evidencias de la estancia de Lark, no se ha encontrado ninguna pista que pueda conducirnos al nuevo paradero de éste.

Después de unos segundos de reflexión, Brigitte asintió.

—Está bien. Tengo ahí abajo el coche, que me trajo uno de los Simones. Y dentro del coche, ese pobre cachorro, que lo debe estar pasando muy mal. De momento, lo que voy a hacer es dormir aquí hasta mañana temprano, y entonces, con el coche, regresaré a Nueva York, dejaré a «Bagur» en el apartamento, con Peggy… Espero que hará buenas migas con el pequeño «Cicero»… Una vez en mi apartamento, recogeré mi maletín y volveré aquí. Si para entonces todo continúa igual, ya veré lo que decido. Pero, sea lo que sea, no pienso estarme aquí sentada, mientras quizá Frankie está muriendo de un modo horrible.

Capítulo V

—¡Pobre Frankie! —Lloraba todavía Peggy—. ¡Pobrecito Frankie, tan bueno que es, y tan cariñoso siempre…!

Brigitte contemplaba con simpatía y afecto a su ama de llaves, cuya sensibilidad ya conocía, después de los muchos años que llevaba fielmente a su servicio. Y naturalmente, estaba de acuerdo con ella en lo que se refería a Frank Minello.

—Está bien, Peggy. Sé que tienes razón, y, como comprenderás, yo siento también lo que le está ocurriendo a Frankie…, paro no dispongo de tiempo para ponerme a llorar. ¿Has entendido bien todo lo que te he dicho?

—Sí, señorita —sollozó todavía un par de veces la rubia y pecosa Peggy—. Lo he entendido todo bien, no se preocupe.

—De acuerdo. Ten cuidado con «Bagur». Es un animalote demasiado grande comparado con el pobre «Cicero». Así que si vieses que los juegos entre ellos se ponen un tanto pesados, sepáralos. «Bagur» podría tragarse a «Cicero», jugando y sin darse siquiera cuenta, de lo que hacía.

—Eso es una exageración, señorita —sonrió Peggy.

—Lo sé —sonrió a su vez la espían. Pero algo tenía que decir para ver si conseguía que te recuperases un poco. Y no te preocupes por Frankie: ya verás como conseguiremos que salga bien librado de todo esto.

—Estoy seguía de que la señorita lo conseguirá —exclamó Peggy, con los ojos muy abiertos—. ¡Usted siempre lo consigue todo!

Brigitte se quedó mirando fijamente, pero como ausente, a Peggy. ¿Ella resolvía siempre todo? Bien, quizá, efectivamente, hasta el momento había sido así. Pero eran siempre cosas que estaban dentro de sus posibilidades físicas y mentales. En cambio, el estado en que se hallaba Frank Minello estaba fuera, por completo,

de sus conocimientos.

Desvió la mirada hacia el punto del salón donde estaban jugando «Bagur» y «Cicero»; este último, verdaderamente diminuto, ratonil en su tamaño, ladraba tan agudamente como siempre, y con cómica furia, hacia el gran cachorro de pastor alemán, que le contemplaba con curiosidad no exenta de benevolencia.

—Recuerda lo que te he dicho, Peggy.

—Sí, señorita.

Brigitte recogió de encima del sofá su maletín rojo con florecillas azules, dentro del cual guardaba lo que para un observador normal serían cosas normales y corrientes dentro de un maletín de una señorita, pero que en realidad eran peligrosísimos trucos que tantas veces le habían salvado la vida y que tantísimas habían servido para destruir enemigos de la agente Baby.

Sosteniendo el maletín, como siempre, con la mano izquierda, Brigitte se disponía ya a abandonar el salón para hacerlo seguidamente del apartamento, cuando sonó el teléfono.

—Yo contestaré, señorita —se apresuró a decir Peggy.

—Muy bien. Esperaré, por si fuese algún recado urgente para mí.

—¡Oh! —exclamó el ama de llaves, deteniéndose en seco en su caminar hacia la mesita donde el teléfono continuaba sonando—. Ahora que recuerdo: la llamaron a usted para asegurarse de su asistencia a la recepción en la que van a organizar actividades benéficas. Le dejé el recado en el despacho.

—¡Ah, sí…! —Brigitte se llevó una mano a la frente—. La verdad es que, con todo esto de Frankie, lo había olvidado por completo, y eso que jamás me ha molestado colaborar en cualquier sentido en campañas benéficas de toda clase. Mucho me temo, de todos modos, que en esta ocasión tendrán que pasarse sin mí. Frankie es ante todo. O quizá esté mejor dicho que, aunque las demás personas me merezcan el mismo respeto y consideración que Frankie, pueden pasarse sin mí en esa recepción… Contesta el teléfono, por favor.

—Sí, señorita.

Peggy corrió hacia el aparato y descolgó el auricular.

—Residencia de la señorita Montfort… ¿Diga?

—Sí, sí… Un momento, por favor.

El ama de llaves se volvió hacia Brigitte, tapando el micrófono

del auricular con una mano. Brigitte se sorprendió al comprobar la súbita e intensa palidez de Peggy.

—¿Qué ocurre? —exclamó.

—Señorita… —Tembló la voz de la muchacha—, es…, es un hombre que dice llamarse Paul Wendox y que es agente de la CIA. Que quiere hablar con usted.

—¿Conmigo o con la agente Baby? —murmuró Brigitte.

—Con la agente Baby, desde luego —dijo Peggy, con un hilo de voz.

Brigitte también palideció ligeramente. Las dos se miraban fijamente, comprendiendo que algo no estaba funcionando debidamente. No era ni mucho menos corriente que un agente de la CIA llamase por teléfono a la agente Baby. Si realmente tan necesitado estaba de entrar en contacto con ella, podía recurrir a la radio de bolsillo, colocando simplemente la onda de ésta en la longitud establecida para cada uno de los cuadrantes que, en gran número, había sido dividido todo el globo terráqueo.

En cuanto a un agente de la CIA que llamase a Baby, pero al domicilio de Brigitte Montfort, y encima dando el nombre de sí mismo, es decir, en este caso el nombre de Paul Wendox, en lugar de Simón, todavía empeoraba las cosas.

Comprendiendo que, fuera lo que fuese, la situación no era normal, Brigitte le hizo una seña a Peggy que ésta interpretó exactamente. Así que volvió a colocarse el auricular en el oído, y dijo:

—Oiga…

—Sí. Sí, le he dado el recado a la señorita Montfort. ¿Puede usted esperar un minuto, por favor?

—Muchas gracias. Enseguida se pone ella al aparato.

Peggy dejó el auricular sobre la mesita y miró hacia la puerta del salón por la que había desaparecido Brigitte. Ésta reapareció antes de que hubiesen transcurrido diez o doce segundos, llevando en las manos una pequeña grabadora a pilas, que puso en marcha y colocó junto al aparato telefónico. Luego, en lugar de asir el auricular de éste, puso en marcha el speakerphone es decir, el suplemento que le permitiría hablar a ella cómodamente sentada en el sofá y oír perfectamente aumentada la voz de su interlocutor.

—Yo soy Brigitte Montfort… —dijo, una vez acomodada en el

sofá—. ¿Qué desea de mí, señor Wendox?

—Seguramente usted ni se fijó en mí —sonó una voz de hombre en el speakerphone—, pero soy uno de los agentes de la CIA que durante el día de hoy, y ayer también, he estado trabajando en el asunto relacionado con el chalé de Lordship Beach. El lugar de las jaulas con animales muertos, ya sabe.

—Sí, sí, en efecto. Recuerdo perfectamente el lugar, puesto que estamos trabajando con ello. ¿Qué es lo que ocurre exactamente, Wendox?

—He descubierto algo que considero sumamente interesante. Pero he decidido que mi información solamente voy a facilitársela a usted. Y tiene que ser personalmente, Baby.

—Está bien. ¿Cuál es esa información?

—No, no —se oyó una risa contenida de Wendox—. No es así de fácil. Cuando digo «personalmente» quiero decir que tenemos que encontrarnos usted y yo para hablar del asunto.

—Me parece bien —dijo plácidamente Brigitte—. Pero no entiendo por qué no se ha comunicado usted directamente con nuestro jefe de Sector.

—La verdad es que mis simpatías se inclinan más hacia usted. Eso, en cuanto a lo personal. Y luego, personalmente, creo preferible relacionarme con usted que con nuestro jefe. A fin de cuentas, todos sabemos que, gracias a su belleza exclusivamente, la señorita Monitor tiene notables influencias de todo tipo en Washington, y más concretamente en la Casa Blanca.

—Entiendo… —dijo de nuevo Brigitte plácidamente, pero visiblemente pálido su bello rostro—. Está bien, Wendox. ¿Dónde y cuándo quiere que nos veamos?

—Esta misma noche.

—No sé si me va a ser posible. Como usted sabe, estoy ocupada atendiendo ese asunto en el que mi amigo Frank Minello…

—Sé todo eso perfectamente —cortó Paul Wendox—. Pero le aseguro que si usted viene a hablar conmigo, todos los asuntos que ahora la tienen ocupada terminarán.

—Está bien. ¿A qué hora y dónde?

—Vamos a ver… La citaría en mi apartamento, pero supongo que eso sería tan indiscreto como haber ido a verla al suyo. Lo mejor, sería que nos encontrásemos en un sitio adecuado. ¿Conoce

usted Grover Lane, en el Bronx?

—No. Pero puedo encontrarlo sin ninguna dificultad, utilizando la guía. Dígame exactamente a qué hora y dónde quiere que nos encontremos.

—De acuerdo. A las ocho de esta noche, en el ciento setenta y seis de Grover Lane, en el Bronx. Es un garaje. Pero hace, tiempo que está abandonado. Usted, simplemente vaya allí, empuje la puerta pequeña que hay dentro de la grande y entre. Yo la estaré esperando dentro.

—De acuerdo, Wendox. ¿Algo más?

—No, no. Solamente que procure ser puntual. Y que sea discreta, naturalmente.

—No era necesario que me dijera esto. Hasta luego, Wendox.

—Adiós.

Brigitte colgó entonces el auricular y detuvo la marcha del speakerphone y de la pequeña grabadora. Recuperó la cinta de ésta y mientras tanto del maletín sacó su pequeña radió de bolsillo.

Apretó el botoncito de llamada y apenas habían transcurrido unos segundos cuando sonó la voz de un hombre.

—¿Sí?

—Simón, soy Baby. Quiero hablar con tío Charlie.

—Muy bien. Pero… ¿no habíamos quedado que dentro de unos veinte minutos pasaría usted a recogernos con el coche para…?

—He cambiado de opinión. Dígale a tío Charlie que atienda esta llamada.

—Está aquí mismo conmigo. Se pone al habla.

—Dígame, Brigitte —se oyó la voz de Charles Alan Pitzer.

—Tío Charlie, voy a ponerle una grabación telefónica, que acabo de obtener ahora, de cualquier manera. Es posible que no sea muy buena, de modo que asegúrese muy bien, antes de contestar a la pregunta que le haré después de haberla escuchado. ¿Me ha comprendido?

—Naturalmente.

Brigitte puso en marcha la grabadora y acercó la radio de bolsillo al aparato. Cuando la reproducción de la conversación telefónica con Paul Wendox hubo terminado, la espía detuvo la marcha de la grabadora, acercó la radio a su boca y preguntó:

—¿Realmente era el hombre que ha estado hablando conmigo

un agente de la CIA, llamado Paul Wendox?

—Sí.

—¿Esta usted seguro, tío Charlie?

—Completamente seguro. Esa es la voz de Wendox y, en efecto, ha sido uno de los hombres que ha estado participando en la búsqueda de los lugares por donde pudieron estar Minello, O'Hara y Dews. Y uno de los que también estuvo trabajando cuando localizamos el chalé. Había regresado a Nueva York con un día de descanso.

—Está bien.

—Brigitte: ¿qué piensa, hacer sobre esa cita en el garaje del Bronx?

—Bueno, tío Charlie, yo estoy segura de que usted ha comprendido perfectamente que en toda esta actitud de Paul Wendox hay algo que no encaja con lo habitual en los agentes de la CIA, a los que yo llamo a todos Simón. ¿Qué voy a hacer, dice usted? Pues es muy sencillo: naturalmente ir a ese garaje en el ciento setenta y seis de Grover Lane en el Bronx.

* * *

A las ocho menos cinco minutos de la noche, la señorita Montfort pasaba lentamente por delante del garaje sito en el ciento setenta y seis de Grover Lane, en el Bronx, bellísima con su vestido de tarde, y llevando en una mano un pequeño bolsito.

Sin hacer el menor caso a las miradas de los hombres que se cruzaban con ella, la periodista-espía continuó caminando, siempre lentamente, hasta rebasar el garaje… Dos minutos más tarde, aparecía de nuevo, siempre mirando hacia el local, que, en efecto, parecía abandonado. No se veía luz en ninguna de sus ventanas, ni por debajo de la cerrada puerta grande, ni en los resquicios de la pequeña, practicada en aquélla.

Cuando se detuvo delante de la puerta, eran las ocho menos un minuto. Sujetando el bolsito con la mano izquierda, utilizó la derecha para empujar la puerta pequeña, que cedió sin dificultad. Inmediatamente, como quien no desea ser vista por nadie, Brigitte entró, y cerró la puerta a su espalda, apoyándose en la madera.

Cierto. No había luz alguna allá dentro. Pero, por el resplandor de las luces de la calle, que daba en las ventanas, podía distinguir ante ella, los contornos de las cosas: un viejo camión, una fosa para reparaciones, neumáticos apilados, un banco de trabajo…

—¿Wendox? —llamó, quedamente.

—Aquí estoy —le llegó la voz del agente de la CIA—: Venga hacia el fondo, señorita Montfort.

Mucho menos visible que el centro del garaje, la espía internacional apretó un instante los labios. En aquella situación había un doble engaño: el que significaba la cita de Wendox a la señorita Montfort…, y el que significaba el hecho de que tanto Wendox como la señorita Montfort estaban jugando sus propias cartas. Buenas cartas, puesto que Wendox sabía que ella sabía que estaba ocurriendo algo, y, sin duda alguna, confiaba ciegamente en que la agente Baby acudía preparada para resolver satisfactoriamente la situación.

Por fin, Brigitte dio un paso hacia delante.

—No veo nada —dijo—. ¿No puede encender alguna luz?

—No es necesario —le llegó de nuevo la voz de Simón-Wendox —. Sólo tiene que sortear el camión: no hay más obstáculos. ¿Ha venido sola?

—¡Qué tontería…! Naturalmente que he venido sola. ¿Dónde diantres está usted?

—Siga caminando.

Brigitte veía cada vez mejor el interior del garaje. Teñía una vista excelente, fácil y rápidamente adaptable a todos los matices de luz…

Y sin embargo, la aparición de los tres hombres la pilló de sorpresa. Había estado vigilando la parte alta del camión; pero los tres hombres brotaron de pronto por debajo de éste, apareciendo tan inesperadamente ante ella que no pudo evitar un fuerte respingo…, que quedó cortado cuando el primer hombre cayó sobre ella.

Fue una desafortunada acción la de aquel hombre. Brigitte pasó el brazo derecho entre ambos cuerpos, desplazando al individuo hacia su cadera derecha. El hombre lanzó una exclamación de sorpresa, y habría caído al suelo junto a la espía si ésta no le hubiese sujetado rápidamente por el brazo izquierdo y por la ropa

del pecho; en un instante, el agresor se encontró como cabalgando sobre la elástica cadera derecha de Brigitte, y al instante siguiente, ésta ejecutaba el harai upshi. Fue por simple reacción instintiva, por reflejos condicionados…, pero el hombre salió proyectado por el movimiento de cadera de judo, hacia delante y arriba, emitiendo una especie de ronquido atragantado, fruto de la terrible sorpresa…

En el mismo momento en que caía, casi tres metros más allá, de espaldas, en escalofriante batacazo, los otros dos agresores caían al mismo tiempo sobre Brigitte, uno de ellos abrazándose a ella, intentado inmovilizarla, y el otro asiéndola por los cabellos y obligándola a humillar la cabeza, de modo harto doloroso… y revelador para Brigitte, que intuyó lo que seguiría: el golpe en la nuca, que la privaría de los sentidos.

Encogió los hombros con toda la fuerza que pudo, recogiendo también el cuello. El golpe llegó, en efecto, pero el punto vulnerable del cuello de la espía había sido protegido, de modo que el resultado fue simplemente de dolor. Un dolor intenso, pero soportable para quien, durante tantos años de espionaje, había sido objeto de ataques mucho más peligrosos que aquél. Años de espionaje, durante los cuales la agente Baby había aprendido a utilizar «todas» las armas de que disponía.

En esta ocasión, el arma que utilizó fueron los dientes, clavándolos en un lado del cuello del hombre que la rodeaba con sus brazos. El sujeto lanzó un alarido, y la fuerza de sus brazos decreció considerablemente. En el mismo instante en que Brigitte conseguía alzar una rodilla y golpear con ella los genitales de su opresor, que volvió a gritar, recibía otro golpe cerca del cuello, hacia la espalda, y oía la exclamación, que no pudo entender. Todavía tuvo fuerzas para introducir sus brazos entre su cuerpo y el del hombre que ya la sujetaba muy débilmente, de modo que le apartó los brazos con seco gesto, asió uno de ellos, giró retorciéndoselo y llevándolo hacia su axila derecha, y se dejó caer sentada al suelo…

El alarido del hombre fue terrible esta vez, cuando, bajo los efectos del implacable waki gatame, su brazo crujió, partiéndose por varios puntos, como si fuese un simple palillo.

Al mismo tiempo, se oía una voz en tono agudo, dando órdenes en aquel idioma que Brigitte no entendía. Lo que sí había entendido

ya perfectamente la espía era que la querían viva, que las órdenes eran respetar su vida…, así que sacó provecho de esta indiscutible ventaja: en el momento en que comenzaba a ponerse en pie, oía la llegada de otro hombre por detrás de ella, procedente de donde había sonado la voz de Simón-Wendox, y, al mismo tiempo, el que había estado golpeándola caía sobre ella.

Es decir, sobre los pies de la espía, que en lugar de terminar de ponerse en pie, se dejó caer hacia atrás.

El hombre lanzó otra exclamación de sorpresa cuando se encontró caído de vientre sobre los pies… Estaba notando ya la presión de los cuadrados tacones, notó la tracción de sus ropas hacia delante…

El *tomoe nage* lo lanzó por encima del cuerpo de Brigitte, y lo llevó, en espectacular vuelo, hacia el cuarto hombre, que llegaba corriendo, lanzado, con lo que el choque entre ambos fue tremendo, y ocasionó la doble caída.

Brigitte ni siquiera se molestó en mirar esto: había saltado hacia el estribo del camión, abrió la portezuela, y, en efecto, vislumbró en la cabina al hombre que había estado dando las órdenes. Vio el brillo de sus ojos nada más, pero le identificó en el acto, por la silueta del turbante en su cabeza. El hombre se deslizaba, sobresaltadísimo, hacia el otro extremo del asiento, pero Brigitte le persiguió, sentada de lado, y tendiendo las manos hacia él.

—¡Ven aquí, amigo! —jadeó—. ¡Tú vas a servirme de…!

El hombre gritaba, sin duda llamando a los otros, pero Brigitte no estaba dispuesta a permitir que la ayuda llegase a tiempo. Adelantó la mano izquierda hacia él, bella y fortísima, mientras con la derecha comenzaba a sacar la pistolita, que llevaba entre los senos. En el forcejeo, entre el manoteo desesperado del hombre de las uñas de oro, que relucían en la oscura cabina, la mano izquierda de Brigitte golpeó el turbante de Pukin Zondga, haciéndolo saltar de la cabeza.

Y entonces, la divina espía quedó petrificada por aquella sensación de profundo asombro… y de terror a la vez.

Estaba viendo el tercer ojo.

Verdaderamente paralizada, se quedó mirando el tercer ojo de Pukin Zondga, en el centro de la frente, y que, como los otros dos ojos, como los dos ojos normales, relucía en la oscuridad de la

cabina.

Tenía tres ojos… ¡Tenía tres ojos!

—¡Dios…! —jadeó Brigitte.

El primero en reaccionar fue Pukin Zondga, abriendo la puerta junto a la cual estaba y saltando del camión. Un instante después, reaccionando, Brigitte saltaba tras él…, y dejando tras ella casi todo el vestido en las manos del hombre que había entrado en el camión El vestido acabó de rasgarse cuando Brigitte dio un tirón, de modo que cayó junto a Zondga, cubierta solamente con los pantaloncitos y los sujetadores…, pero empuñando ya la pistola, con la que comenzó a apuntar al pecho del hombre de las uñas de oro…, y tres ojos en su rostro.

El que la había seguido frenéticamente por toda la cabina del camión, todavía luchando con los restos del vestido, cayó sobre la espalda de Brigitte, con todo su peso, derribándola de bruces, aplastándola contra el suelo, y haciendo saltar la pistolita de su mano, debido al fuerte choque. El otro apareció rodeando el camión por delante, jadeando furiosamente…

En aquel momento, afuera, comenzaron a oírse gritos, voces en inglés, y por todos los resquicios del garaje empezaron a entrar delgados rayos de luz: la CIA intervenía.

Pukin Zondga lanzó una orden, mientras se encaramaba rápidamente al camión, de nuevo a la cabina. Brigitte había girado en el suelo, colocándose boca arriba, aprovechando que el hombre que había caído sobre ella se incorporaba. Intentó agarrarle, pero recibió un puntapié en el vientre, que la dejó como petrificada, desorbitados los ojos…

En la puerta resonaban ahora nítidamente las voces en inglés, tras ser abierta de un puntapié, pero sin que nadie apareciese en el pequeño rectángulo de luz:

—¡Salgan todos de ahí inmediatamente, con las manos en alto! ¡Les habla la CIA!

El motor del camión rugió acto seguido, al mismo tiempo que un pequeño objeto aparecía por una ventanilla, lanzando reflejos cristalinos… Acto seguido, el camión arrancó, directo a la puerta, como dispuesto a estrellarse contra la gruesa y sólida madera…

Pero, evidentemente, quienes habían tendido la trampa a la señorita Montfort habían previsto todas las contingencias; la puerta

grande estaba ajustada, pero no afirmada por los pestillos verticales que se hundían en el techo y en el suelo. Así que, al recibir el impacto del morro del camión, la gran puerta doble cedió, abriéndose bruscamente un par de pies… Acto seguido, el camión pasó entre las dos hojas, abriéndolas, separándolas, apareciendo en la calle.

Colocado junto a la doble puerta, pistola en mano. Charles Alan Pitzer lanzó una maldición, y acto seguido una orden:

—¡A los neumáticos! —gritó—. ¡Disparen a los neumáticos…!

En ese mismo instante, de la parte de atrás del viejo camión brotó un grueso chorro de humo blanco y densísimo, fuertemente impulsado. La sorpresa fue tal que los agentes de la CIA que estaban cerca de la abierta puerta quedaron envueltos en la acre nube en un santiamén. Nube que comenzó a ensancharse, a dispersarse, aunque sin perder su densidad, a velocidad increíble…

—¡No disparen! —gritaba Pitzer—. ¡Podrían herir a personas que…!

Comenzó a toser, doblándose sobre sí mismo, y acabando por caer de rodillas al suelo. A su alrededor, se oían gritos, voces, y, sobre todo cerca de él, más toses, fortísimas. Más lejos, como si en realidad todo estuviese ocurriendo en otro mundo se oían disparos, y rugir de motores.

Pitzer sacó su pañuelo, y se lo puso ante la boca, después de conseguir ponerse en pie, dando tumbos de un lado a otro. Por instinto, se dirigió hacia la entrada del garaje. Allí, se quitó un instante el pañuelo de delante de la boca, y gritó:

—¡Baby! ¿Está bien…?

—¡No entre, tío Charlie! —Oyó la voz de Brigitte, tensa—. ¡Que no entre NADIE!

El impulso de Pitzer era entrar, por supuesto. Pero casi al mismo tiempo, tuvo en cuenta quién había dado aquella orden, y una fracción de segundo después, lo comprendía todo.

—¡Que no entre nadie! —gritó—. ¡Aléjense todos de aquí, y alejen al público! ¡Todos fuera de esta zona, pronto! ¡Despejen completamente la zona!

Comenzó a correr él mismo, alejándose…, y saliendo así de la densa nube de humo. Aparecieron también algunos agentes de la CIA, dando traspiés, a tientas. Se oía la llegada de coches de la

policía. Los agentes que no habían sido afectados por la nube de humo estaban alejando, más bien espantando, al esgrimir sus pistolas, a la gente que había pretendido acercarse a ver qué ocurría. La llegada de la policía, dos coches, fue una ayuda decisiva, tras identificarse inmediatamente el agente de la CIA, que, oficialmente, dirigía la operación.

Pocos minutos más tarde, la nube de humo había desaparecido. La gente era mantenida a distancia, y Pitzer; mezclado entre sus hombres, miraba hacia donde algunos de ellos habían dicho que había ido el camión…, perseguido por sólo uno de los coches de la CIA.

Coche que regresó muy pronto. Dos hombres bajaron de él, tan mohínos, que sólo ver sus rostros, Pitzer comprendió que nada habían conseguido.

—Alcanzamos el camión, señor —murmuró uno de los Simones —, pero ya no había nadie en él.

—Es indudable que lo tenían todo previsto —murmuró también el otro—. No son precisamente tontos, señor.

—Está bien. Vuelvan donde está el camión: que nadie se acerque a él.

—Sí, señor… ¿Y Baby, señor? ¿La han…?

—No sé exactamente lo qué ha pasado con ella. —Pitzer se mordió los labios y miró hacia la abierta puerta del garaje—. Está ahí dentro, y ha ordenado que nadie se acerque.

—¿Por qué? —se sorprendió el agente de la CIA—. Quizá ella necesita…

—Lo único que necesita ella, cuando da una orden, es que esa orden sea obedecida —cortó Pitzer—. Vuelvan junto al camión.

—Sí, señor…

Los dos agentes se alejaron, y Pitzer se quedó mirando hacia el garaje…

Dentro del garaje; Brigitte Montfort había llegado ya hacía algunos minutos junto al cuerpo de Paul Wendox, caído de espaldas en el fondo del local, detrás de una pila de cajas y neumáticos viejos. Con todo cuidado, lo había arrastrado hacia la zona de luz, ahora más intensa, al estar abiertas las puertas, y enseguida vio la herida en su abdomen, el brillo de la sangre. Todavía, en el techo, se veía un poco de aquel humo blanco, produciendo un

considerable reflejo de luz.

Paul Wendox tenía una cuchillada en el vientre, simplemente. Una «simple» cuchillada, cuyo objeto, ciertamente, había sido terminar rápidamente con su vida cuando el hombre que le amenazaba se vio obligado a acudir en ayuda de sus tres compañeros. Wendox tenía atadas las manos a la espalda, y rodeados los tobillos con un alambre. Su boca estaba torcida en una mueca de dolor.

A toda prisa, Brigitte fue a donde había quedado su vestido, y regresó con él junto a Wendox-Simón, que, ahora, tenía los ojos abiertos.

—Ba… Baby…

—No hable, Simón. Quizá pueda salvarse. ¿Lo entiende?

—Sólo quiero decirle que…, que no cedí a su juego…, por miedo…, sino porque… porque…

—Se lo diré yo, y así usted ahorrará energías: lo tenían identificado y localizado, por su intervención en la búsqueda del chalé, o por algo parecido, y lo cazaron por sorpresa. Eso le puede ocurrir a cualquiera. Luego le exigieron que les ayudase a tenerme una trampa, y usted aceptó, pero no por miedo, sino porque comprendió que llamando a la señorita Montfort a su apartamento, utilizando ese nombre, y utilizando también el suyo propio, en lugar del de Simón, yo comprendería, y aprovecharía la ocasión para cazar a esa gente. ¿Okay, Simón?

—Sí… Le… le juro… que fue… por eso…

—No me gustan las personas que juran, y, además, le creo. No tiene que preocuparse por mi opinión o mis sentimientos hacia usted; le creo, le comprendo, y aún más: lo ha hecho muy bien. Soy yo quien lo ha hecho muy mal, en esta ocasión…

—¿No… los han… cazado…?

—Me temo que no. ¿Tiene alguna otra pista que podamos aprovechar?

—Lo siento, pe… pero… no… Lo siento de… de veras…

—La conversación ha terminado. No se mueva: dentro de unos minutos, una ambulancia vendrá a recogerlo. ¿Está claro?

—Gra… gracias por…: por…

—De nada —intentó sonreír Baby Montfort, consiguiendo sólo una extraña mueca—. De nada, Simón, porque me temo…; me temo

que no he hecho gran cosa por usted: le esperan muy malos ratos.

Salió del garaje, directa hacia el grupo donde estaba Pitzer, junto a uno de los: coches. Con la esperanza de que nadie la hubiese reconocido, Brigitte se metió directamente dentro del coche, y Pitzer se apresuró a sentarse junto a ella, mientras Simón-Floristería, muy abiertos los ojos, pasaba a ocupar el sitio del conductor, pero volviendo la cabeza hacia el asiento de atrás.

—Hay que avisar ahora mismo una ambulancia —decía Baby—. Pero que los camilleros que entren a recoger a Wendox sean de los nuestros, y que se protejan con caretas antigás.

—¿Caretas antigás? —exclamó Simón—. ¡Pero si ese humo ha desapá…! ¡Dios! —Palideció de golpe.

—Vi una ampolla de cristal caer al suelo —asintió Brigitte Montfort—, así que me temo mucho que Wendox y yo vamos a estar bajo los efectos del «Reserved Craze» dentro de unas horas, o unos minutos. Tengan mucho cuidado, e impidan, por todos los medios, que entre ahí nadie que no lleve careta antigás. Ah, también hay uno de esos hombres, desvanecido, con el brazo roto, y creo que también la articulación del hombro. ¿Entendido?

—Sí —asintió Simón, con un hilo de voz—. Pe… pero…, ¡pero usted va a estar pronto como… como Frankie, y como… como los otros dos periodistas…!

—Para ser sincera, debería estar ya bajo los efectos del pasmo más absoluto —murmuró la espía—. ¿Alguna vez han visto ustedes un hombre que tenga tres ojos?

—¿Un hombre con…? ¡Claro que nunca he visto cosa semejante!

—Pues yo sí —musitó la divina—. Dé esas órdenes, tío Charlie, y vayámonos de aquí: directos a la clínica donde vayan a llevar a Paul Wendox.

Capítulo VI

Eran muchas las probabilidades de que Paul Wendox salvase la vida, tras haber sido intervenido rápidamente en el quirófano de la clínica privada de la CIA, pero Brigitte estaba junto a él casi constantemente, vigilando su estado postoperatorio. Sólo se alejaba del herido para hacer cortas visitas a Frank Minello, que continuaba en el mismo estado de completo vacío mental. El hombre al que le había roto el brazo también había sido operado, y su estado era satisfactorio, aunque no tanto, por el momento, que pudiese ser sometido a interrogatorio.

Ataviada ahora con una bata de médico, la espía iba de una habitación a otra, interesándose por todos, completamente ajena al cansancio.

Poco después de medianoche, sonó una llamada a la puerta de la habitación de Paul Wendox, y Brigitte autorizó la entrada. Charles Alan Pitzer entró, y en el acto, Brigitte se dio cuenta de su extremada palidez, que provocó la suya inmediata.

—¿Frankie está mal? —exclamó.

Pitzer movió la cabeza negativamente, y mostró el papel que tenía en la mano.

—Alguien llamó al apartamento de usted hace unos minutos, y le dijo a Peggy que anotase un recado para que se lo entregase a usted, dondequiera que estuviese. Peggy ha llamado aquí, y en recepción han tomado el recado.

Brigitte tomó él papel, y leyó las pocas palabras escritas en él.

Eran éstas: «HA MUERTO TU CEREBRO».

Brevísimo, un seco gesto de dureza apareció en los labios de Brigitte Montfort. Luego miró a Pitzer, que la contemplaba con expresión aterrada.

—¿Esto es todo? —inquirió.

—¿Le parece poco? —exclamó el jefe de la CIA en el sector New

York—. ¡Esto significa que, en efecto, aquella ampolla de cristal, cuyos restos encontramos en el garaje, contenía el gas «Reserved Craze»…, y que usted…!

—Tranquilícese, tío Charlie: nada va a pasarme a mí.

—¡Quisiera estar tan seguro como usted! Mire, Brigitte, todos los que han sufrido los efectos del RC están ahora…

—Le digo que se tranquilice. Quizá sea todo una tontería para asustarme. ¿Frankie sigue… bien?

—Si, sí, su estado no ha variado. En cuanto a usted…

—¿Han descubierto ya la nacionalidad del hombre del brazo roto?

—Todavía no. Esperamos poder interrogarle pronto, y quizá saquemos algo en claro. Mientras tanto, usted…

—Santo cielo…, ¿no le digo que no se preocupe por mí? Sé que esa gente no quiere hacerme daño, así que nada hay que temer. Y ya que ha venido, ¿será tan amable de quedarse unos minutos con Wendox? Voy a tomar café. Empiezo a estar cansada, y un café me sentará…

Brigitte dejó de hablar. Captó la expresión de Pitzer, y siguió la dirección de su mirada… Paul Wendox había despertado una vez más, pero ahora no yacía inerte en el lecho, sino que se había incorporado, y su mirada estaba fija en la espía internacional. Terriblemente fija.

—Ah, Simón —consiguió sonreír Brigitte—. Parece que está mucho mejor. Pero no debería…

—Te voy a matar —jadeó Wendox, rígidas las facciones—. ¡Te voy a matar, puta asquerosa!

La mirada de Brigitte fue rápidamente hacia Pitzer.

—¡Corra a buscar ayuda, tío Charlie! ¡Pronto!

Pitzer se precipitó hacia la puerta, mientras Wendox comenzaba a salir de la cama. Estaba desnudo completamente, vendado el tórax, desencajadas las facciones…, pero parecía fuerte, y, sobre todo, resuelto.

—Ramera asquerosa —gruñía—. ¡Puta de todos los infiernos, te voy a enviar con Satanás!

Saltó hacia Brigitte, que no esquivó el encuentro, sino que esperó a pie firme, y se abrazó fuertemente a Wendox, rodeándole de modo que sujetaba sus brazos por encima de los codos. No se

molestó en gritar, ni en intentar tranquilizar a Wendox. Concentró todas sus energías en sujetarle, impidiéndole moverse, para evitar que la herida se abriese. Por lo demás, sabía que sería inútil todo cuanto dijese a Wendox. Todo lo que podía hacer, todo lo que tenía que hacer, era sujetar a su compañero de la CIA…, lo que no parecía nada fácil, ciertamente.

Con toda lógica, Paul Wendox debía estar muy debilitado por la herida y por la intervención quirúrgica, pero la lógica estaba fallando. La fuerza del agente de la CIA era tal, que Brigitte comprendió que no podría mantener el abrazo más que por unos pocos segundos… Ni siquiera fueron cinco segundos: Wendox rompió bruscamente el abrazo, y sus manos fueron inmediatamente a la garganta de Baby, cerrándose allí como tenazas.

—¡Jo, jo! —rió—. ¿Qué creías, puerca? ¡Te voy a dejar el cuello como un alfiler, te lo voy a romper…!

En la puerta, que había quedado abierta, aparecieron tres Simones, lívidos sus rostros. Captaron la situación enseguida, y se abalanzaron hacia Wendox, resueltamente.

—¡Cuidado! —consiguió gritar Brigitte—. ¡No le hagan daño!

Paul Wendox comenzó a rugir como una bestia, echando espumarajos, cuando los tres compañeros cayeron sobre él, y lo apartaron de Brigitte, que colaboró en el intento de controlarlo. Lo tendieron en la cama entre los cuatro, sujetándolo fuertemente, pero sin poder evitar sus convulsiones, sus gritos, sus fuertes tirones en el intento de soltarse… El vendaje comenzó a empaparse de sangre.

Brigitte miró hacia la puerta. Si no llegaba pronto un médico con un sedante, se vería obligada a golpear a Wendox. De lo contrario, debido al esfuerzo, los tejidos del abdomen se iban a abrir aún más, provocando una hemorragia terrible que…

Un médico apareció en la puerta, provisto ya de una jeringuilla. Su rostro estaba demudado, pero sus ademanes eran seguros y firmes, cuando se colocó junto a Wendox.

—Sujétenlo bien —murmuró.

El sedante fue inyectado expertamente, y, a los pocos segundos, la furia de Wendox comenzó a decrecer. Aún no habían transcurrido quince segundos cuando quedó completamente inmóvil, sumido en profundo sueño. El médico examinó sus pupilas, y luego miró el

vendaje. Descolgó el auricular del teléfono de la mesita de noche, y ordenó, sin más.

—¡Quirófano dos preparado inmediatamente: Wendox, cura de emergencia, con los doctores Adelmar y Forrester! Ya.

La camilla llegó antes de que hubiese transcurrido un minuto. Y estaban sacando a Wendox de su habitación cuando uno de los agentes que vigilaba al hombre del brazo roto apareció en el pasillo, todavía con la pistola en la mano.

—¡Baby! —llamó.

Brigitte echó a correr hacia allí, seguida por Pitzer y los tres Simones que habían colaborado en controlar a Wendox.

—¿Qué ocurre? —jadeó.

—He tenido que golpear a ese tipo en la cabeza —explicó, excitadamente, Simón—. ¡Parecía haberse vuelto loco, y nos atacó a los dos, como sí creyera que podía…!

Brigitte había entrado ya corriendo en la habitación. El hombre del brazo roto yacía en el suelo, junto a la cama. A su lado, de pie, mirándole estupefacto, estaba el otro agente, que volvió la cabeza al oírles entrar.

—Pónganlo en la cama —ordenó Brigitte—. Ya no volverá a atacar a nadie: simplemente, cuando recobre el conocimiento, estará como Frankie. Cuidado con el brazo.

Manejando con cuidado el escayolado brazo del hombre, lo colocaron de nuevo en la cama. En la frente se veía ya la señal del tremendo golpe recibido, en forma de chichón, que se iba abultando a ojos vistas.

—Sigan con él —ordenó Brigitte—. No creo que reaccione ya con violencia, pero estén atentos. Lo mejor será que se procuren una jeringuilla con…

La divina espía había ido bajando el tono de voz, espaciando las palabras…, hasta quedar silenciosa. Estuvo inmóvil ocho o diez segundos, antes de volver la mirada hacia Pitzer, que palideció intensamente: los bellísimos ojos azules de Brigitte se habían convertido en sendos trozos de hielo de fulgurantes reflejos…

—¿Y tú quién te has creído que eres? —dijo, despacio, con una frialdad verdaderamente escalofriante.

—Bri… Brigitte, soy… soy tío Charlie, soy…

—Eres el hijo de puta más grande del mundo —sonrió ella, de

pronto, siempre gélidamente—. Yo te voy a enseñar lo que hago con los hijos de puta, vas a ver… ¡Vas a ver!

—¡Sujétenla! —chilló Pitzer, echando a correr hacia la puerta.

Brigitte saltó tras él, lo agarró por el cuello de la chaqueta, y lo detuvo tan en seco que Pitzer fue a caer sentado, pero quedó colgado de la mano de Baby, que lo colocó en vertical de un tirón. Acto seguido, lo desplazó hacia su derecha, giró, atrajo a Pitzer hacia su costado, y disparó su pierna derecha entre las de Pitzer, para alzarla inmediatamente, rígida, mientras su cabeza descendía como si quisiera estrellarla contra el suelo…

—¡Eeeehhhh…! —Sonó el grito aterrado de Pitzer.

Un grito que tremoló en el aire, mientras efectuaba el recorrido a impulsos de la proyección uchi mata. Proyección dignísima del Cuarto Dan de judo que ostentaba la espía más peligrosa del mundo.

Por fortuna para Pitzer, fue a caer a los pies de la cama ocupada por el asiático. Allí rebotó, y cayó rodando al suelo, sin riesgo alguno para su integridad. Pero, evidentemente, Baby no se conformaba con esto, pues iba directa hacia él, riendo de un modo… cruel, salvaje.

—¿Qué esperan? —aulló Pitzer—. ¡Sujétenla!

Tras los instantes iniciales del pasmo, cinco agentes de la CIA se abalanzaron contra Baby Montfort, que giró hacia ellos, lanzó una carcajada, y sacó su pistolita del escote.

—¡Venid, perros! —rió—. ¡Venid si tenéis coj…!

Pudo disparar una vez, pero cuando ya uno de los Simones había agarrado su mano, desviando la trayectoria del disparo, que sirvió para destrozar uno de los cristales de la ventana… Pitzer salió de la habitación, gritando la presencia de un médico provisto de sedante. Y, al salir, se perdió una demostración clarísima del porqué Brigitte Baby Montfort llevaba tantos años sobreviviendo a todos los peligros.

El Simón que la sujetaba por la mano recibió un rodillazo entre las ingles que lo abatió, como fulminado, como muerto. Un tsuki de karate, el terrible directo, acertó a otro en el centro del pecho, y lo derribó de espaldas. El tercer agente de la CIA fue derribado como un pelele, merced al okuri ashi barai, el barrido de ambos pies por el derecho de Brigitte; cayó como un saco cuan largo era, en

tremendo batacazo. El cuarto salió disparado en espectacular vuelo, a efectos del ippon seoi nage, y el quinto cayó de cabeza, impulsado por Brigitte con el tai otoshi, el tirón de brazo que le hizo pasar por delante de ella en corto vuelo y terrible caída…

Alucinante.

Pero, ciertamente, Baby no estaba luchando contra gente corriente, sino contra hombres bien entrenados, que, tras experimentar los resultados de su indecisión y su consideración hacia la amadísima Baby pasaron de nuevo al ataque, ya en otra disposición de ánimo. Cayeron todos a la vez sobre ella cuando se disponía a utilizar de nuevo la pistolita, recién recogida del suelo. De nuevo salió volando uno de ellos, cayó el segundo… El ágil cuerpo femenino parecía el de una víbora, escurriéndose de todo intento de presa, zafándose de todo, golpeando, derribando… De nuevo desarmada, pero atacando con una ferocidad increíble, sobrecogedora.

—¡Por todos los demonios! —gritaba Pitzer, en la puerta, ya de regreso—. ¡Tienen que sujetarla de una vez! ¡Todavía…!

Su última palabra se convirtió en grito cuando Brigitte se escurrió una vez más, girando, retorciendo su cuerpo en el suelo de modo que parecía imposible, y, tras ponerse en pie de un salto, corrió hacia Pitzer, que se apartó.

Como disparada, Brigitte apareció en el pasillo, con tal fuerza que fue a dar contra la pared de enfrente, junto a otra puerta. Cayó sentada, volvió a quedar en pie de un salto, y se lanzó hacia el extremo del pasillo, gritando enloquecida… Justo cuando llegaba al tramo de escalones descendentes, aparecían allí otros dos hombres, corriendo. Sus miradas se desorbitaron al ver llegar aquel bólido de ojos azules y ardientes, que pasó entre ellos, golpeándolos con los hombros y los codos, derribándolos, y lanzándose escaleras abajo. Un médico, que subía a toda prisa con una jeringuilla preparada, la vio bajar, palideció, y se apartó rápidamente… Por su lado pasó el rayo azul que llegaba de ninguna parte, la agente Baby Brigitte Bierrenbach Montfort…

—¡Korman! —gritaba, tras ella, la voz de Pitzer—. ¡Korman, Baby está bajando, deténganla…!

Seguida de Pitzer y ocho agentes de la CIA, la espía internacional llegó a la planta baja, de allí al vestíbulo, donde, dos

hombres que aún estaban desconcertados, se quedaron mirándola con los ojos muy abiertos.

—¡Korman! —aullaba Pitzer—. ¡Deténganla!

Todavía indecisos, los dos agentes de la CIA se interpusieron en el camino de Brigitte hacia la puerta de cristal que daba al jardín… Pero esto no era necesario, porque Brigitte se había vuelto hacia Pitzer, pareció que de sus ojos salían llamaradas, y cargó de nuevo contra él, blandiendo los pequeños puños de acero…

Todavía hizo estragos entre el grupo de agentes de la CIA, pero, realmente, diez hombres entrenados eran demasiado para ella. Y para cualquiera. Antes de diez segundos, rugiendo, aullando enloquecida la expresión, Brigitte Baby Montfort yacía completamente inmovilizada en el suelo, mientras el médico le inyectaba el sedante.

Quince segundos más tarde, el médico miraba a Pitzer.

—Ya está —musitó—. Vamos a subirla a una de las habitaciones.

La dormida Brigitte fue subida en brazos por uno de los fornidos Simones, que, como los demás, estaba pálido, demudado. Fue depositada en el lecho de una habitación, y examinadas sus pupilas, su ritmo cardíaco… Finalmente, el médico miró de nuevo a Pitzer, y musitó:

—Está bien… Al menos, físicamente.

Charles Alan Pitzer se pasó las manos por la cara, que estaba fría como si fuese de hielo.

—Dios mío… —tartamudeó—, ¿qué… qué vamos a hacer… ahora…? ¡Su cerebro está muerto…!

Capítulo VII

Desde la ventana de la habitación destinada a Brigitte, Charles Alan Pitzer vio llegar el coche que había enviado al aeropuerto de Nueva York; y pocos segundos después, detenerse ante la puerta de la clínica, rodeada de jardín, de altos árboles, como envuelta en silencio, en flores y en sol…

Vio a pleno sol al hombre que se apeó del asiento de atrás del coche, pero lo habría reconocido igual a la mínima luz que pudiese captar pupila humana. Metro ochenta y cinco, cuerpo delgado y atlético, duro como un fleje de acero, vestido de oscuro, reluciendo al sol sus cabellos color cobre… El hombre alzó la cabeza, y cuando los negros ojos miraron hacia las ventanas de la fachada de la clínica, Pitzer retrocedió un paso, sin darse cuenta siquiera y sin poder evitarlo…

Se quedó allí, como clavado al suelo…

Medio minuto más tarde la puerta de la habitación se abrió, y el hombre de los cabellos color cobre entró. Miró a Pitzer, y luego, su negrísima mirada quedó fija en Brigitte Montfort, que estaba sentada en la cama. Inmóvil, inexpresiva, con las manos en el regazo, la mirada ausente. Le habían traído ropa de dormir de su apartamento, de modo que llevaba una de sus camisitas… Estaba bellísima, sencillamente.

Número Uno fue a sentarse en el borde del lecho, y se quedó mirando los hermosísimos ojos azules que le ignoraban completamente…

Sentada en una butaca, una enfermera contemplaba, todavía estupefacta, al impresionante visitante.

—Brigitte —musitó Uno.

No hubo reacción alguna en Brigitte. Número Uno devolvió para mirar a Pitzer.

—Déjennos solos, por favor.

—Es inútil —musitó Pitzer—. No hay nada que pueda…

—Por favor.

El jefe de la CIA en Nueva York asintió, e hizo un gesto a la enfermera, que, por fin, pudo reaccionar, se puso en pie y salió al pasillo con Pitzer.

—¿Quién es ese hombre? —exclamó la enfermera.

—Puede ir a tomar un café, si quiere —dijo Pitzer.

Mientras la enfermera se alejaba, Pitzer sacó, un sobre de un bolsillo interior, y de él un papel. Comenzó a leerlo, pero su mirada se distrajo enseguida, no miró hacia fuera, sino hacia dentro, hacia sus cercanos recuerdos… Se vio a sí mismo en una clínica de Canadá, indefenso, con un balazo en la espalda, en una cama; junto a él estaba Brigitte. Sí, junto a él, en todo momento, cuidándole y vigilando que el siguiente intento de asesinato no se consumase… (1).

Uno de los dos agentes de la CIA que había en el pasillo, se acercó a él, y le tocó en un brazo.

—¿Se encuentra bien, señor? —murmuró.

—¿Eh…?

—Está muy pálido. ¿Quiere que llame al doctor…?

—No… no, no. Estoy bien, gracias.

Tragó saliva, y concentró su atención en la carta que tenía en las manos.

Decía:

A la CIA:

En estos momentos sabemos ya que la señorita Brigitte Montfort, la famosa, periodista, trabaja para ustedes. Y, en estos momentos también, esperamos que hayan comprobado que la eficacia del gas «Reserved Craze» es indiscutible. Aclarados estos dos puntos, vamos a exponer nuestras dos pretensiones, que deseamos estudien bien para decidir con la sensatez que requiere el caso. Pretensión 1.ª: Queremos cien millones de dólares ($ 100.000.000) en billetes de mil dólares, nuevos, bien enfajados y preparados en una maleta de piel. Requeriremos respuesta por el mismo conducto, dentro de dos días. Si es afirmativa, todo irá bien. Si es negativa, toda la ciudad de Nueva York será sometida a los efectos de una gran cantidad de «Reserved Craze». Tenemos

la esperanza de que son capaces de imaginarse lo qué eso significaría: una ciudad de más de diez millones de habitantes… convertidos en locos homicidas.

Pretensión 2.ª: Al mismo tiempo que entregarán el dinero, entregarán a la señorita Montfort. Tengan la seguridad de que ella será tratada exquisitamente en todo momento, y que, a su debido tiempo, recibirá el tratamiento adecuado para recuperar por completo su normalidad y funcionalidad mental. La negativa a esta pretensión significaría la muerte de la señorita Montfort, en cualquier momento a partir del décimo día en que fue afectada por el «Reserved Craze», Entregarán también a Chak.

Piénsenlo bien… durante cuarenta y ocho horas, tiempo que consideramos necesario para reunir los cien millones de dólares.

P. Z.

Todavía leyó la carta un par de veces, pese a que, prácticamente, se la sabía de memoria, palabra por palabra. Por fin, la puerta de la habitación se abrió, y Número Uno salió al pasillo.

—¿Ha conseguido algo? —Se esperanzó Pitzer.

—No. ¿Qué ha pasado exactamente?

Pitzer lo explicó, y por último tendió la carta a Número Uno, que la leyó con gran detenimiento. Por fin, asintió con un gesto, devolviendo la carta.

—¿Por qué conducto les llegó? —preguntó.

—Se la dictaron a Peggy.

—Ah, entiendo. ¿Cuándo se cumplen las cuarenta y ocho horas?

—A las tres de esta tarde.

—O sea… —Número Uno miró su reloj de pulsera—, dentro de cuatro horas. ¿Qué piensa la CIA al respecto?

—Bueno… La CIA ha pensado en la posibilidad de negociar con P. Z el cumplimiento de una sola de sus pretensiones.

—¿Sabemos quién es P. Z.?

—No. Pero pensamos que debe ser el hombre de los tres ojos y las uñas de color oro. Creemos que el hombre del brazo roto es Bhutan… Así que también podría serlo P. Z. Desde luego, es asiático, y de esa zona de Asia, sin lugar a dudas. El nombre del sujeto del brazo roto, Chak, parece indicarlo así.

—¿Cuál de las dos pretensiones pretende negociar la CIA?

—Hombre, Uno… No se pase usted en su mala opinión sobre la CIA; tenemos preparados los cien millones, pero no estamos dispuestos a entregar a Brigitte…, por el momento. Estoy seguro de que usted comprende lo que significaría ese gas esparcido por la ciudad de Nueva York.

—Puedo imaginármelo. Está bien, Pitzer, gracias por avisarme.

—No podía hacer otra cosa… ¿Se le ocurre algo a usted?

—Sí. Usted y yo iremos al apartamento de Brigitte, y esperaremos la llamada de las tres de la tarde. Y entonces, ya veremos qué se puede hacer.

No se pudo hacer nada.

El interlocutor de Número Uno, expresándose en un perfecto inglés académico, no dejó lugar a la menor duda respecto a su postura en el asunto: no admitía arreglos de ninguna clase, no admitía negociaciones, simplemente, quería los cien millones de dólares, a la señorita Montfort, y al hombre llamado Chak; no una cosa o dos. Quería las tres cosas, y no había nada más que hablar. Se fijó un plazo de otra hora para que la CIA diese su respuesta definitiva, sin más demoras ni intentos de negociaciones.

Y, en efecto, una hora más tarde, volvió a sonar el teléfono en el lujoso, amplio, elegante salón del apartamento del piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta Avenida neoyorquina.

—¿Sí? —Atendió la llamada Número Uno.

—¿…?

—Así es; hemos llegado a una decisión definitiva.

—¿…?

Peggy, Pitzer y Simón-Floristería, que estaban presentes… captaron la tirantez en las facciones del mejor espía masculino de todos los tiempos cuando, con voz algo velada, dijo:

—Todas sus condiciones han sido aceptadas. Dígame cuándo, dónde y cómo debemos hacer la entrega.

—Sí… Sí, sí, entiendo.

—Ningún problema, no. ¿Qué más?…

Todavía estuvo escuchando durante tres minutos por lo menos, asintiendo de vez en cuando. Por fin, simplemente colgó el auricular y miró a Peggy.

—Vamos a necesitar algo de vestuario para Brigitte, Peggy.

—Pe… pero…, pero, señor…, no…, no vamos a entregarla… No

podemos… ¡No!

Número Uno frunció el ceño pero enseguida mostró un gesto más natural; y casi era amable cuando se acercó, le puso una mano en un hombro y la miró fijamente.

—Hay que hacer esa maleta, Peggy —susurró—. Brigitte sería la primera en no vacilar, tratándose de la suerte que puedan correr diez o doce millones de personas… ¿Tendré que hacer yo esa maleta, con las cosas de la mujer que amo?

Los ojos de Peggy estaban abiertos como si fuesen a saltar de las órbitas de un momento a otro. Miró a Simón y a Pitzer. Los dos estaban lívidos, y los dos desviaron la mirada.

Entonces, Peggy rompió a llorar.

* * *

La entrega se realizó sin dificultades ni contratiempo alguno.

En una camioneta cerrada, los cien millones de dólares, el asiático llamado Chak, la señorita Montfort y la maleta que constituía su equipaje fueron trasladados al lugar indicado por Pukin Zondga. El lugar era el final de un camino que, saliendo hacia la izquierda desde la carretera estatal 22, terminaba muy cerca de la orilla del Rye Lake.

En la camioneta iban tres agentes de la CIA, uno conduciendo y los otros dos dentro de la caja, con el dinero y las dos estáticas personas cuyo cerebro había muerto Los dos hombres ni siquiera se miraban, y menos aún se atrevían a mirar a Baby, cuya impavidez era absoluta. Caminaba, bajaba escaleras, las subía, se sentaba, se ponía en pie… Eso era todo: Igual que el asiático Chak, que tenía ciertas, dificultades con su brazo escayolado y colocado horizontalmente.

Era como viajar en compañía de dos muertos.

Por fin, la camioneta se detuvo en el lugar indicado. Hora: las siete de la tarde, muy cercana ya la puesta del sol.

Un helicóptero pintado de color verde pardusco, tonalidad de disimulo impecable, apareció casi enseguida, volando sobre el lago y fue a posarse en un claro, entre árboles altísimos cerca de la camioneta. Del helicóptero saltaron dos asiáticos de cabeza rapada, y se quedaron mirando hacia la camioneta…

Cuando el helicóptero se elevó, Número Uno bajó los prismáticos, y miró a Charles Alan Pitzer que, a su lado, todavía miraba hacia el aparato. El jefe de la CIA no dejó de mirar hasta que perdió de vista el helicóptero. Junto a él con un recién encendido cigarrillo en los labios, estaba Número Uno, perdida la mirada en la distancia. Detrás, junto al coche con el que habían seguido discretamente, a la camioneta, Simón-Floristería, pálido como un muerto.

—¿Qué harán con ella? —Tembló la voz de Pitzer.

—Volvamos. Tengo que buscar un hotel.

Pitzer se quedó mirándolo con gran atención.

—¿No va a instalarse en el apartamento de Brigitte?

—No podría estar allí sin ella. Iré a un hotel.

—Uno, sea sincero conmigo…: ¿Qué siente usted… ahora?

Angelo Tomasini, Número Uno, el mejor hombre que jamás había tenido la CIA en sus filas hasta que lo vendió miserablemente, miró su reloj y dijo:

—Hambre. Pronto será la hora de cenar.

* * *

El helicóptero se posó suavemente sobre el césped, las aspas dejaron de girar, y entonces el silencio fue absoluto dentro del aparato. Y en el exterior.

La frágil y elegante silueta de Pukin Zondga apareció, acercándose al helicóptero, inconfundible con su turbante. Los dos hombres de Zondga saltaron a tierra, y se acercaron, sonrientes, a su jefe.

—¿La traéis? —inquirió Pukin.

—Sí, Pukin. Y está muy hermosa.

—Sí… ¡Sí, eso lo sé! Y está aquí… ¡Sacadla de ahí, vamos…! Esperad: ¿lo hicisteis todo bien?

—Sí, Pukin. Cuando pasamos por el sitio convenido con Arko, volando muy bajo, dejamos caer la maleta con el dinero. Nadie podría haberse dado cuenta. Así que si había algún emisor de señales en la maleta la CIA habrá perdido el tiempo. Arko dejará escondida la maleta, y no creo que tarde en llegar.

—Espléndido… Y si la CIA llega a donde está la maleta y la

recupera, peor para ellos, porque les pediríamos el doble. Mientras tanto, bien está la maleta en el escondrijo. Traed a la señorita Montfort.

Brigitte fue ayudada a saltar del helicóptero. Al resplandor de luz que llegaba de la casa, Pukin Zondga pudo verla perfectamente, en toda su belleza, verdaderamente como una hermosísima estatua de oro. Se acercó a ella, y le puso una mano en cada seno, apretando suavemente.

—Por fin estás aquí… —jadeó—. ¡Ya estás aquí!

Tuvo que ponerse de puntillas para poder besar en la boca a la espléndida mujer americana que había «adquirido». Cuando se recuperó un poco de aquella especie de vértigo que sintió al poner sus delgados labios en los llenitos y tibios de Brigitte, miró a sus hombres, que esperaban, teniendo ya junto a ellos al impávido Chak.

—Llevadlo a su cuarto —dijo—. Luego enviaré al profesor Larck para que le inyecte el antídoto.

—Sí, Pukin. ¿Estáis seguros de que dará resultado?

—Lo sabremos muy pronto. Quizá esta misma noche, quizá mañana. Muy pronto.

—Nos gustaría ver qué hace lo señorita Montfort, cuando el doctor Larck le inyecte el antídoto, esta noche. Ella…

—¡No! A ella, no… Todavía no. Primero quiero…, quiero ver qué ocurre con Chak. Nar, tú ve a esconder el helicóptero en el cobertizo. Y tú, Ozin, llama a Bindo y que te ayude a llevar a Chak al dormitorio. Y te quedas con él cuidándole.

—Sí, Pukin.

Pukin Zondga tomó de un brazo a Brigitte, y comenzó a caminar hacia la casa, dócilmente acompañado por la espía internacional.

Era como llevar del brazo una preciosa muñeca, un delicioso juguete, cuya docilidad y obediencia no podía compararse con nada del mundo. Entraron en la casa, y cruzaron el vestíbulo hacia la escalinata que ascendía al piso superior, donde estaban los dormitorios. Pukin se detuvo delante de una de las puertas, la abrió, y señaló su interior.

—Este va a ser tu lugar —dijo con su académico inglés—. Entra.

Brigitte no se movió. Pukin se había detenido allí, luego ella se había detenido también, eso era todo. El bhutanés rió, la tomó de

nuevo por el brazo, y entró; entonces sí, Brigitte continuó caminando. Igual que si la mano de Pukin en su brazo fuese el foco de energía que penetraba en su cuerpo.

Pukin cerró la puerta y se quedó mirándola. Abrió la boca, dispuesto a decir algo, pero movió la cabeza, sonriendo. ¿Para qué perder el tiempo? Él mismo le quitó a Brigitte la bata de médico, y luego los sujetadores y los pantaloncitos… Luego, se quitó él aquel delicado turbante, dejando al descubierto su tercer ojo, mientras escrutaba muy atentamente los maravillosos ojos azules que permanecían fijos en la Nada.

—No te preocupes —dijo como el niño que está compartiendo su vida con su juguete favorito—; muy pronto, Larck tendrá preparado el antídoto, y entonces podremos hablar, y te explicaré lo que significa este tercer ojo. Y tú me explicarás muchas cosas a mí… Me he enterado muy bien sobre tu personalidad, sé que eres una mujer muy culta, de gran refinamiento. Una mujer exquisita, en todos los órdenes. Nos entenderemos muy bien, y pasaremos aquí días de inolvidable amor… Ven, tengo algo para ti.

La tomó de nuevo del brazo, y la llevó delante del armario de puertas correderas. Apartó dos de ellas, dejando al descubierto, colgados, gran cantidad de vestidos femeninos, pieles, ropa interior, camisitas, pijamas…

—Te gustaría estar bien ahora sólo para ver todo esto. Lo he comprado estos días para ti… No creas que te guardo rencor por todo lo que ha estado pasando hasta ahora entre nosotros. No podría guardarte rencor, ni ahora ni nunca, porque eres la mujer más maravillosa que ha habido en mi vida. Aunque… no creas que han habido muchas mujeres, no… ¿Y sabes por qué? Precisamente porque soy de una gran exigencia. En las altas montañas, allá arriba, se aprende a pensar. Y pensar es vivir. Los que viven la vida sin pensar, son como animales. Hay que darle a la vida una… purificación, a la que sólo se llega por la inteligencia y la belleza en su estado más puro. Sé que eres inteligente…, y en cuanto a tu belleza…, ¿quién sería el loco que dudase de ella? Tu cuerpo parece… como hecho… de nieve de las altas montañas, con el sol de la tarde reflejándose en ella…

Mientras hablaba, Pukin Zondga iba mirando a Brigitte y a las ropas colgadas en el armario, alternativamente. Por fin, eligió un

salto de cama que parecía hecho de oro líquido, de una transparencia delicada y refulgente, y se lo puso a Brigitte. Pukin retrocedió unos pasos, y tras mirarla detenidamente, sus dos ojos inferiores se cerraron. No el de la frente, que permanecía fijo, como un objetivo que no pudiera perderse nada de lo que ocurría ante él.

—Eres tan hermosa, tan hermosa —susurró—, que sólo puedo creerlo, porque lo estoy viendo.

La tomó de la mano, la llevó hacia una butaquita, y la hizo sentarse. La muñeca obedeció, dócil, inexpresiva. Pukin Zondga se sentó en las rodillas de la espía internacional. El efecto era realmente curioso, extraordinario: la espía más linda del mundo tenía en sus piernas a un hombre qué poseía tres ojos, y las uñas de oro; más menudo que ella, delgado, frágil, Pukin Zondga parecía, en las rodillas de aquella espléndida mujer, un muñeco exótico, extraordinario… El muñeco que podría utilizar cualquier ventrílocuo fantasioso para sus actuaciones.

Sólo que, en esta ocasión, el ventrílocuo podía ser Pukin Zondga, mientras que la muñeca, era la mujer de los grandes ojos azules, los largos cabellos negros suavemente ondulados, la piel de oro, el cuerpo de diosa… Pukin pasó una mano por los erguidos senos, por encima de la tela de oro transparente, y su rostro, de tono azafranado, comenzó a adquirir un color más vivo. La mano pasaba y repasaba sobre los senos, que parecían de caucho, sólidos, firmes, y al mismo tiempo dotados de una ternura que estremecía al bhutanés.

—Yo me llamo Pukin Zondga —dijo éste con voz tensa, casi aguda—, y dentro de muy poco tendré tal poder en la Tierra que ningún hombre podrá compararséme. Desde allá arriba, desde las nieves, dirigiré el mundo por el camino adecuado. Todos los hombres aprenderán a pensar, y dejarán de vivir como ratas. El pensamiento es la fuente de toda la luz de la humanidad, ¿sabias esto?

Por supuesto, Brigitte Baby Montfort permaneció impávida. Ni siquiera reaccionaba ante la continua caricia de las manos delicadas, bellas y auríferas de Pukin Zondga, que había apartado los bordes de la delicada prenda y acariciaba ahora la cintura, y la cadera izquierda de aquella preciosa muñeca de tamaño natural.

—Pero, como en todas las cosas, incluso entre lo bueno hay

diferentes grados —prosiguió Zondga—. Así, y aunque muchos científicos digan lo contrario, yo sé que no todos los cerebros tienen la misma calidad: luego, no todos tienen la misma inteligencia, la misma luz. Por lo tanto, aquel que tenga más luz será el faro del mundo. ¡El faro del mundo! Me pregunto si podrías comprender esto en tu estado natural, con tu cerebro vivo… Yo creo que sí lo entenderías, Brigitte Montfort, hermosa mujer. Eres tan hermosa que… no puedo esperar a que Larck te devuelva la luz… ¡No puedo esperar!

Saltó de las rodillas de Brigitte, volvió a tomarla de la mano, y la llevó hacia la cama. Junto a ésta, le quitó la prenda de oro…, y pareció como si Brigitte todavía la llevase, tal era el tono de su piel. Pukin la empujó suavemente, y ella se sentó en el borde de la cama. La empujó un poco más, y ella se tendió. Él se quitó la ropa, dejando al descubierto un cuerpo delgado, de líneas delicadas, bello, pero frágil, y se tendió junto a ella, acariciando ahora su vientre, sus muslos, sus pechos erguidos y vibrantes.

—Cuando tu cerebro esté vivo —continuó hablando el bhutanes — podrás apreciar la grandiosidad de la vida que llevarás a mi lado. Te enseñaré la técnica mental que permite el máximo control sobre uno mismo: aprenderás la meditación, la levitación, la concentración de todas las energías en esta maravilla que llamamos cerebro. Podrás sentarte en la nieve, y permanecer allí horas enteras, desnuda, proporcionando tal calor a la tierra, que ésta, agradecida por haberla aliviado del frío, producirá flores para ti. Respirarás un aire tan puro, que nunca querrás bajar adonde están vivas las ratas. Escucharás tal silencio, que jamás querrás volver a exponer tus oídos a ningún sonido, salvo el de la música de las estrellas… Amarás la altura, la nieve, los enormes espacios donde se pierden las montañas que parecen de cristal. Cuando nos amemos sobre la nieve, ni siquiera jadearás, porque el amor que tendremos será tan puro y transparente como el aire de las nieves… Sí: comprenderás que toda la vida está en la mente, en el cerebro… En ese cerebro que ahora está muerto, pero que pronto revivirá, para mí, y para ti misma, para que puedas comprender todo lo que yo te iré enseñando. Y reinaras en la Tierra. Reinarás de tal modo que jamás reina alguna podría ni siquiera soñarlo… No tendrás riquezas, ni súbditos especiales que hagan las cosas por ti, pero tu

poder será el más grande de todos, porque no estará basado directamente en la fuerza, sino en la mente: nadie lo sabrá, pero tú y yo seremos los amos del mundo, porque…, ¿qué mayor poder que controlar todas las mentes del mundo? ¡Ese es mi objetivo! El mundo en silencio, el mundo en mis manos, para que yo vaya enseñando cómo será el Hombre a partir de ese momento… Es decir, cómo «volverá» a ser el hombre en su estado de inteligencia pura, que ya fue escamoteada una vez al ser humano, que fue engañado, defraudado, estafado. Todo lo bueno que el Hombre ya sabía, fue ocultado por algunos hombres, y el Hombre se convirtió en un ser mecánico, sin inteligencia ni espiritualidad… Pero pronto, muy pronto, el Hombre volverá a ser el Hombre, y yo seré…, ¡el Rey de los Hombres, desde allá arriba, sin verlos, sin tocarlos, sin oírlos siquiera! Sabré que todos los hombres serán míos y de este modo…, ¿quién podría tener más poder que yo, ni antes, ni ahora, ni quién podría soñar en tener más poder que yo en el futuro? ¡El cerebro de todos los cerebros…! ¡Ese es mi objetivo final!

Dejó de hablar, estuvo unos, segundos contemplando el espléndido cuerpo, y, de pronto, sonrió.

—Y para mis momentos de necesidad fisiológica, tú estarás allí: la mujer más hermosa del mundo, al servicio del cerebro más poderoso del mundo. Toca aquí… Sí, por favor, aquí, para que… yo quede en condiciones de… Así… ¡Sí, sí, sí, así…!

Puking Zondga lanzó una exclamación y volvió a cerrar los ojos inferiores. De pronto, saltó sobre Brigitte, consiguiendo realizar el inicio de sus intenciones. Se quedó mirándola, ansiosamente.

—Reacciona —susurró—. Haz algo. No puedo… estar así contigo, como si fueses un cadáver… ¡Haz algo! ¡Abrázame, y bésame…!

Comenzó a besarla furiosamente en los senos, en el cuello, en el rostro, en los hombros… Pero la muñeca no reaccionaba en modo alguno. Era, realmente, como intentar la consumación de la posesión con un cadáver, y, en pocos segundos, Pukin Zondga se dio cuenta de que su fuerza había cedido presa de la profunda decepción. Tras vacilar, mortificado, volvió a tenderse junto a la divina.

—No había pensado en esto —murmuró—. No había pensado que si el Cerebro está muerto, todo está muerto. Así pues, no tienes

estímulos de ninguna clase, puesto que el cerebro no los asimila. No tienes estímulos, ni deseos, ni dolor. No tienes nada, porque no eres nada, porque tu cerebro está muerto. No importa… Mañana, cuando Larck te inyecte el antídoto, se iniciará nuestra gloriosa vida de poder y de amor. Ahora, duerme, amada mía… Duerme… Duerme…

Pasó una mano por los párpados de Brigitte, cerrándolos, y ella se quedó así, desnuda, silenciosa, inmóvil. Pukin Zondga la besó de nuevo y luego se acurrucó a su lado, formando un cuadro extraordinario: el menudo asiático de cabeza rapada, tres ojos, uñas de oro, piel de color tostado…, junto a la espía más peligrosa del mundo convertida en poco más que una bellísima estatua de color oro.

—Duerme… Duerme, Brigitte Montfort… Mañana volverás a la vida…

Capítulo VIII

—¿Cómo que está muerto? —exclamó Pukin Zondga.

Sídney Lark le miró hoscamente, fruncido el ceño.

—Está muerto, eso es todo. ¡Qué demonios, Pukin, simplemente, algo me ha salido mal en la composición del antídoto!

El hombre de los tres ojos, de nuevo oculto el de la frente por el turbante, se quedó mirando a Chak, que continuaba sentado en la cama con su brazo escayolado. La cabeza había caído sobre el pecho, y eso era todo, en efecto. Junto a él, Larck refunfuñaba algo sobre la composición del antídoto que le había inyectado hacía unos minutos. Detrás de Pukin estaban Nar, Ozin, Bindo y Arko, que había regresado la noche anterior, después de ocultar los cien millones de dólares, y asegurarse de que no era seguido. Ya no quedaba nadie más en la casa, al parecer.

—Pero…, ¿eso quiere decir que no va a poder preparar un antídoto? —preguntó, de pronto, Pukin, apretando nerviosamente el brazo de Brigitte, de pie junto a él, ataviada con un precioso vestido de, mañana.

—Claro que no quiere decir, eso —farfulló Larck—: pronto lo habré conseguido. No sé lo que ha fallado, pero tiene que ser muy poca cosa.

—Está bien. Insista en ello, Larck.

—Naturalmente. ¿Qué hay del dinero?

—Está en lugar, seguro.

—Bueno, pero… lo necesitamos, Sin dinero no podremos realizar las grandes instalaciones de RC que usted desea, compréndalo. Tenemos el RC y, el dinero, que es lo que importa, así que deberíamos marcharnos inmediatamente de Estados Unidos…

—No nos moveremos de esta casa hasta que usted haya terminado ese antídoto, y Brigitte Montfort deje de tener muerto el cerebro.

—Está bien, seguiré trabajando.

—Le haremos compañía en el laboratorio. Mientras tanto —el hombre de los tres ojos se volvió hacia sus hombres—, vosotros llevad a Chak a la tumba.

—Sí, Pukin.

Del dormitorio salieron Larck, Brigitte y Pukin. Tras ellos, los bhutaneses, llevando el cuerpo de su compañero. El laboratorio estaba en la planta baja, y, mientras Brigitte y los dos extraños sujetos entraban en él, los bhutaneses entraban en el aposento contiguo, siempre llevando el cadáver de Chak.

—¿Cuánto tiempo cree que tardará? —preguntó Pukin a Larck, impaciente.

—No lo sé. Puede ser una hora, dos, diez… No lo sé.

—Pero…, ¿lo conseguirá? ¿Seguro?

—Segurísimo —masculló Larck—. Si no fuese así, no lo diría. Pukin, ¿no lo comprende? ¿De qué serviría este invento, si luego no se pudiesen reactivar los cerebros? De ser así, usted, desde el Himalaya, sólo gobernaría sobre muertos vivientes. Y los dos sabemos perfectamente que no es eso lo que usted quiere, ¿verdad?

—Claro que no —musitó Zondga.

—Pues entonces, deje de inquietarse. Y no me haga perder más tiempo. Maldita sea: ¿van a quedarse aquí todo el rato?

—Usted dedíquese a su trabajo, que nosotros… ¿Qué ocurre? —inquirió, tras volverse vivamente hacia la puerta del laboratorio, donde había aparecido Arko.

—Pukin, la tumba no funciona. No se abre.

—Otra vez la conexión… Menos mal que pronto nos iremos de aquí. Bien, vamos a arreglarlo. Cuide de Brigitte, profesor.

—Sería mejor que se la llevase con usted.

—No, no… De ninguna manera quiero correr ni siquiera el más pequeño riesgo. Podría caer en la tumba… No. Se queda aquí, con usted. ¿Con quién podría estar mejor?

—Está bien —encogió los hombros Larck.

Pukin salió, llevándose a Arko. Durante unos segundos, el profesor Larck estuvo mirando hacia la puerta. Luego fue hacia ella, se asomó, y, finalmente, la cerró. Regresó ante el mostrador donde estaba trabajando en la consecución del antídoto, alargó la mano hacia la bolsa de tabaco con bolsillito para la pipa, pero, de pronto,

miró a Brigitte, que permanecía de pie, inmóvil, talmente convertida en una estatua. Larck frunció un instante el ceño, pero acabó por sonreír. Se acercó a Brigitte, la empujó suavemente para sentarla en un taburete, y luego introdujo la mano entre sus senos.

—Ji, ji, ji… ¡Ji, ji! Verdaderamente, ese mico tiene muy buen gusto…

Desabrochó el vestido, y estuvo mirando, encandilado, los hermosísimos pechos de oro y de sol, de seda. Se inclinó a besarlos, pero, bruscamente, se irguió, volvió a abrochar el vestido, y volvió a acercarse a donde tenía la bolsa de tabaco. De ésta, con dos dedos, sacó un pequeño objeto metálico, que parecía un encendedor.

Pero que era algo más. Tiró hacia fuera del pequeño mecanismo de presión, y apareció una diminuta antena.

—¿Kramer? —susurró.

—Ya lo tenemos —sonó enseguida, comprimida, metalizada, la voz de un hombre—. ¡Por fin lo encontramos! Nos ha costado lo nuestro, no crea. Ese maldito mico del Himalaya lo había escondido bien, bajo el piso de la cabaña adonde fue con el coche, tal como le dije antes.

—¿Seguro que Arko no se dio cuenta de que le seguíais?

—¿Cómo podía darse cuenta, si íbamos a más de dos millas de distancia? Sólo teníamos que mantener bajo control, con el receptor, la señal del emisor que usted colocó en el coche. Puede estar tranquilo, todo ha salido bien: tenemos el dinero, estamos cerca ya, y podemos hacer lo que usted quiera.

—Estupendo. Voy a pensar en lo que conviene hacer ahora. Os llamaré más tarde, para daros instrucciones. ¿Cuánto calculas que tardaréis en llegar a la quinta de Pukin?

—Es cuestión de minutos, solamente.

—Está bien. Quedaros por aquí, esperando instrucciones. Te volveré a llamar en el momento oportuno. Voy a pensar en el modo de solucionar la parte final, sin riesgo alguno.

—Si quiere, entramos en la casa y liquidamos a todo bicho viviente.

—No, no… Déjame pensar. Pukin no es tonto, así que es muy posible que tenga pensado algo especial.

—No entiendo por qué demonios se complicó usted la vida,

asociándose a él.

—Pues es muy sencillo: por la razón de que entonces yo no tenía dinero para contratar hombres como tú y tus amigos, y Pukin me pareció ideal, por sus ideas, para convertirlo en socio financiero. Ha cumplido su parte, pero ahora que ya tengo cien millones de dólares…

—Los tenemos nosotros —rió Kramer.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… Mis hombres y yo pensamos que un botín de cien millones de dólares, conseguidos con tanta facilidad, es más que suficiente para que no tengamos que complicarnos la vida en el futuro. ¿Por qué entregárselos a usted?

—Estás bromeando —jadeó Larck, palideciendo.

—Claro que sí, hombre… Su oferta total nos interesa mucho más que este dinero. Esperamos su llamada, y ya nos dirá qué ha decidido para solventar la situación.

—Sí —contuvo un suspiro Sidney Larck—. Ya os llamaré. ¿Está todo preparado para el viaje…?

El profesor Larck enmudeció bruscamente, bajó la pequeña antena del emisor-receptor transistorizado, y dejó el encendedor sobre la mesa. En el mismo momento en que introducía la cazoleta de la pipa dentro de la bolsa de tabaco, la puerta del laboratorio se abría, y entraba Pukin Zondga.

—Era la conexión, en efecto. Ésos tontos no saben… ¿Qué hace ahora?

—Voy a fumar —gruñó Larck.

—¿Y el antídoto?

—Tómeselo con calma —refunfuñó el científico—. La ciencia no es precisamente algo que encaje con el trabajo a plazo fijo. De modo que déjeme trabajar en paz. Sería mejor que saliesen de aquí los dos.

—Esperaremos —dijo, con firmeza, Pukin Zondga.

—Como quiera.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—No. Mejor dicho, me gustaría tomar café…

—Iré a decirle a Bindo que lo prepare. ¿Algo más?

—No, nada más, gracias.

Pukin Zondga abandonó de nuevo el laboratorio, seguido de la

burlona mirada del profesor Larck, que en cuanto le supo lo bastante lejos, soltó un bufido y farfulló:

—¡Serás cretino…! ¿Cómo puedes creer que yo habría iniciado todo esto si, desde el principio, no hubiese tenido el antídoto contra el «Reserved Craze»? ¿De qué me serviría a mí un arma semejante, que sólo ocasionase muertos? ¡De esas armas ya hay más que suficientes, imbécil! Así que yo quería un arma diferente, y un antíarma eficaz, que me permitiese luego seguir disponiendo de los vencidos… ¡Imbécil, imbécil, imbécil…! ¡Ji, ji, ji!

Se quedó mirando, de pronto, a Brigitte, cuya mirada seguía perdida en el espacio. De nuevo se acercó a ella, ahora con la pipa entre los dientes. Estuvo mirándola, muy de cerca, como absorto.

—En verdad que eres hermosa… Pero no sé qué hacer contigo… ¿Te inyecto, para seguir engañando a Pukin? ¿O, como he hecho con Chak, «me equivoco» y te mato, y hago venir a Kramer y los suyos para que liquiden a todos los de esta casa…? ¿Qué hago, bella señorita Montfort? Yo creo que lo mejor será continuar con la plena confianza de Pukin, y de este modo, podré engañarle, para meterle fácilmente en la trampa que ordenaré a Kramer que le tienda a él y a sus micos pelados… Si, creo que es lo mejor…

Regresó ante el banco de trabajo, y se rascó la coronilla, todavía sonriendo. Aún estaba así cuando regresó Pukin, que fue a sentarse junto a Brigitte, tras acercar otro taburete.

—Bindo traerá café enseguida —dijo.

—¿Qué…? Ah, sí. Gracias, Pukin. Bueno, vamos a ver…

Comenzó a trabajar. De vez en cuando, dirigía una mirada a Brigitte, y a Pukin, que se dedicaba a acariciar a su muñeca de carne y hueso… Bindo llegó pocos minutos más tarde con el café, lo dejó allí, y se marchó. El silencio habría sido total en el laboratorio, de no haberse producido los limpios tintineos de los recipientes con los que Larck estaba trabajando, para convencer a Pukin Zondga de que todo aquello tenía sentido. Sí, lo mejor era dejarse ya de dilaciones. ¿Acaso no había encontrado Kramer el dinero? Pues, por tanto, ya no había que perder más tiempo en simulaciones… Decidido: haría revivir el cerebro de Brigitte Montfort.

Casi una hora más tarde, Sidney Larck tomaba una jeringuilla, la llenaba del líquido obtenido, y, tras expulsar unas gotas con limpia presión, se volvió hacia Brigitte y Pukin, el cual le contemplaba con

los dos ojos visibles muy abiertos.

—¿Ya está? —inquirió.

—Sí.

—¿Seguro? ¿No sería mejor probar antes con alguien…?

—No es necesario —sonrió Larck—; estoy completamente seguro.

—Pero… Bueno, yo no lo estoy tanto, profesor. Prefiero perder a otro de mis hombres antes que arriesgar la vida de Brigitte.

—No hay riesgo alguno —masculló Larck, irritado—. Si lo hubiese, se lo diría, como hice antes.

—No, no… Espere. —Pukin se quitó el turbante—. Espere un momento, Larck.

—Vamos, déjese de tonterías —sonrió sarcásticamente Larck—. A mí no me impresiona con esa tontería de su tercer ojo. ¿Acaso pretende que me lo crea?

—¿No cree usted en el tercer ojo? ¿No cree en el Tercer Ojo? ¡Es usted un ignorante en estas cosas, entonces!

—Escuche, Pukin, si usted quiere divertirse, mirando con ese ojo mi antídoto, está bien. Pero no pretenda hacerme creer que ve algo con él. Es imposible que usted sepa la verdad de nada, por el simple hecho de tener ese ojo. ¿Cómo podría, de ninguna manera, penetrar en mis pensamientos, o en la verdad de las cosas?

—El Tercer Ojo, profesor, no ve, sino que «sabe». Pero, claro, ustedes, los occidentales, no pueden comprender esto… En realidad el Tercer Ojo no funciona estrictamente como tal, como órgano de visión convencional: es un sentido especial, que nos permite, a quienes lo poseemos, ver la verdad de las cosas que se nos ofrezca o que se nos ofrezca ante los dos ojos normales, el Tercer Ojo «ve» y «sabe» la verdad. Pero, realmente, para comprender y admitir esto, usted tendría que haber vivido, como yo, en Bhutan, o en Nepal, o en el Tíbet… Allí, algunos elegidos poseen el Tercer Ojo, y ésos son los llamados a las grandes empresas espirituales…

—¿Quiere decir que por el Himalaya hay otros hombres que van por ahí con tres ojos? —sonrió Larck—. ¡Vamos…!

—No… No van por ahí con tres ojos. En realidad, el tercer ojo no es un órgano visible, sino un poder mental. Algunos, para desarrollar esa facultad de visión y entendimiento del ser humano en su verdad, se dejan perforar la frente, de modo que por ese

agujero obtienen la visión y el conocimiento de la verdad. Ya tienen la mente abierta por el Tercer Ojo; ojo que luego ocultan, tapando el agujero con un producto especial… Tan especial que no deja ver el agujero, pero sí deja pasar la luz de esa mente para que comprenda la verdad de todas las cosas. En cuanto a mí, puesto que soy el elegido entre los elegidos, no tengo ningún agujero en la frente… ¡Tengo, realmente, el Tercer Ojo!

—Está bien —se resignó burlonamente Sidney Larck—. Puesto que usted es el elegido entre los elegidos, y tiene verdaderamente el Tercer Ojo, dígame la verdad sobre mí.

Pukin Zondga se quedó mirando fijamente a Larck. Su ojo frontal lanzaba fríos destellos cristalinos, fijo, inmóvil, mientras los otros dos escrutaban atentamente al profesor, despacio, como recorriendo su anatomía de modo poco menos que táctil.

Por fin, de pronto, Pukin Zondga musitó:

—No me gusta usted…, ni sus intenciones.

—¿Está loco? ¿A qué intenciones se refiere?

—No me gusta usted… ¡No me gusta! Quiero que ahora mismo tire esa jeringuilla al suelo. ¡Ahora mismo!

Larck quedó pasmado un instante. Luego sonrió perversamente.

—Como quiera. Por mí, no hay inconveniente…

—Pero yo sí tengo inconveniente, profesor Larck… —dijo la señorita Montfort.

La sorpresa de los dos hombres fue tal, que se quedaron como realmente petrificados, de modo que Brigitte Baby Montfort no tuvo la menor dificultad en apoderarse rápidamente de la jeringuilla, tras ponerse en pie.

—Tengo la absoluta seguridad de que esta droga es la adecuada y verdadera —dijo amablemente—. Y eso, sin tener un tercer ojo, querido Pukin.

El primero en reaccionar fue Sidney Larck, tendiendo las manos hacia la de Brigitte que sostenía la jeringuilla.

—¡Traiga eso enseguida…!

La espía más peligrosa del mundo no se inmutó en absoluto. Flexionó la pierna derecha y alzó la rodilla, con fuerza, golpeando a Larck en los testículos. El profesor quedó lívido, abrió la boca, sus ojos giraron… y se desplomó a los pies de la divina espía, que se volvía ya hacia Pukin Zondga.

El cual abría la boca, comenzando a gritar:

—¡Ark…!

Brigitte había regresado hacia él, moviendo su puño derecho, fuertemente cerrado y con los nudillos y el dorso hacia la cara del asiático. Descargó un golpe seco y velocísimo, como un latigazo: *ura ken* de karate, que fue a dar de lleno en el tercer ojo de Pukin Zondga.

El resultado fue sorprendente. El golpe no era de los de gran potencia, para desplazar a quien lo recibía. Pero era tremendamente eficaz y doloroso. Sin embargo, Pukin sólo movió la cabeza hacia atrás y de nuevo hacia delante, mientras la espía lanzaba un aullido de dolor, y colocaba la mano con la que había golpeado bajo el sobaco opuesto…, mientras el tercer ojo de Pukin Zondga continuaba fijo, impasible, inalterable…

—¡Arko, Bindo, Oz…! —Estaba gritando Pukin.

Esta vez, el puñetazo de la espía le alcanzó en el centro del pecho, en un fortísimo tsuki, que lo derribó como fulminado de espaldas. Brigitte pasó por encima de él, siempre sosteniendo cuidadosamente en alto a jeringuilla llena del antídoto, y salió del laboratorio… para darse de manos a boca con Bindo, que llegaba corriendo.

El asiático lanzó una exclamación…, y ya no tuvo tiempo de nada más. Brigitte lanzó su terrible shuto, la mano rígida, las puntas de los dedos hacia delante, para hundirlos en la garganta de Bindo, que emitió un ronquido y cayó de espaldas, destrozada la tráquea. Tan sólo tres pasos por detrás de Bindo, llegaba Ozin, con la pistola en la mano…

Su torpeza le costó la vida.

Pareció que quiso detenerse para disparar, pero acto seguido cambiaba de idea, y se disponía a disparar tras la interrupción brusca de su carrera… El puntapié de Brigitte le alcanzó en el codo, por debajo, y la pistola pasó por encima de la cabeza de Ozin, hacia atrás, mientras el hueso crujía fuertemente, pese a lo cual, lanzando un chillido de dolor y furia, Ozin se abalanzó contra Baby. El canto de la mano de ésta golpeó en la sien izquierda del asiático, que giró dos veces en extraña postura, y fue a caer de bruces a la izquierda de Brigitte. Ésta dio un paso hacia la pistola, pero oyó entonces las voces de Arko y Nar, acercándose, y supo que no llegaría a tiempo

de recoger el arma antes de estar en la línea de tiro de los dos, que llegaban del fondo de la casa, posiblemente de la cocina…

Así que, en lugar de ponerse a tiro, se lanzó escaleras arriba, más que corriendo prácticamente volando; tal era la ligereza de su cuerpo, que estaba ya en lo alto del tramo cuando aparecieron en el vestíbulo, Arko y Nar, que vieron a sus dos compañeros caídos en el suelo.

—¡Allí! —señaló Nar.

Cuatro o cinco balas pasaban, un instante más tarde, por el lugar donde había estado Baby, que corría ya por el pasillo. Llegó ante la puerta de la habitación en la que había pasado la noche, entró, y cerró con llave tras ella, precipitándose hacia donde estaba su maleta, que ni siquiera había tocado, pues Pukin Zondga había provisto muy bien el armario.

Jadeando, dejó cuidadosamente la jeringuilla sobre la cama, y regresó su atención a la maleta, de la que sacó un bolígrafo de oro. Tiró de la capucha, y exclamó:

—¿Uno?

—Sí. ¿Estás bien?

—Sí, sí… Tengo el antídoto, y puedo escapar por una ventana de la casa, para ponerlo a salvo, pues es lo que interesa por el momento, pero hay dificultades, relacionadas con Larck: Parece que no estaba jugando limpio con el asiático de las uñas de oro, y algunos hombres le obedecen para…

—¿Cuatro hombres? —cortó la voz de Número Uno, en el bolígrafo.

—No sé… ¿Los has visto, quizá?

—He visto a cuatro hombres en un coche, que parecen estar esperando algo. El coche está escondido entre unos árboles. Están esperando, eso es todo.

—¡Tienen que ser los de Larck…! Ya te explicaré. ¿Crees que esos hombres me verían salir de la casa?

—Sí. Y me parece que incluso tienen prismáticos. Si sales, te verán, desde luego. Pero, siempre y cuando salgas por la fachada principal. De todos modos, quizá hayan más en la parte de tras.

—¡No puedo arriesgarme a que me maten, ahora que tengo el antídoto para Frankie! —exclamó Brigitte—. ¡Tengo que saber con seguridad si puedo o no puedo salir de la casa, sin correr riesgos!

¡Tengo que saberlo, mi amor!

—Concédeme unos minutos. ¿Es posible?

—No sé… ¡Hazlo, yo te llamaré dentro de unos minutos!

Cortó la comunicación, se colocó el bolígrafo en el borde del escote, y dio un paso hacia la cama, donde estaba la jeringuilla. De ninguna manera iba a arriesgar aquella dosis de antídoto, que, más que servir directamente para Frank Minello, podría servir para que la Sección Científica de la CIA analizase el líquido, y obtuviese dosis suficiente para todos los afectados… No, de ninguna manera podía arriesgarse a perder aquella dosis… ¡De ninguna manera!

Tomó la jeringuilla, miró a todos lados, y optó por el sitio más seguro para dejarla: debajo de la cama, pegada a la pared, de modo que no se podía ver. Ahora podría moverse con más libertad, y hacer frente a la situación de otro modo. Si escapaba, no tardaría en volver, con suficientes hombres de la CIA como para que nadie se pudiera oponer a que recuperase la jeringuilla. Otra idea cruzó por su mente: podía decirle a Número Uno dónde estaba la jeringuilla, y así, si a ella la mataban al intentar salir de la casa… No. No podía llamar a Uno ahora, pues quizá estuviese en un momento o situación comprometida, precisamente por dedicarse a limpiarle el terreno de…

Estaba de pie junto a la cama, vacilante, cuando la puerta, que ella había cerrado con llave, estaba segura, se abrió de pronto, silenciosamente, y aparecieron en el dormitorio, Pukin Zondga, Arko y Nar, éstos dos armados de sendas pistolas. La mirada de Brigitte fue hacia la cerradura…, donde, en efecto, estaba la otra llave que Pukin había utilizado tan silenciosamente.

—Llevadla abajo —musitó Pukin.

Brigitte se pasó la lengua por los labios. Había conseguido pasar el bolígrafo con la diminuta radio, y, dentro de su estómago, funcionando con su calor, estaba el pequeño emisor que había servido a Número Uno para localizarla, tras dar vueltas en helicóptero, seguramente durante toda la noche…, pero, en el equipaje, no habían podido pasar un arma adecuada; es decir, ni siquiera lo habían intentado, pues sabían que era imposible que no la descubriesen. Había algún truco, desde luego, pero… ya era tarde incluso para recurrir a él: su preocupación por la dosis de antídoto había sido su perdición.

Aunque…, ¿abajo? ¿Por qué no la mataban allí, simplemente?

Y, de pronto, mientras descendía la escalinata, Baby lo comprendió: la llevaban a la tumba, que había oído mencionar varias veces. Sí… Y había visto cómo entre cuatro asiáticos metían el cadáver de su compañero Chak en la habitación contigua al laboratorio… ¿Tenían una tumba en una habitación de la planta baja?

Llegaron ante la puerta de aquella estancia. Pukin la abrió y se apartó. Nar y Arko empujaron a Brigitte hacia el interior. Pukin Zondga habló en su idioma con sus hombres, que llevaron a Brigitte hacia el fondo de la habitación…, en la que no había absolutamente nada que pareciese o recordase una tumba. Era una habitación rectangular, que parecía una salita de estar, agradable, con algunos libros, cuadros, unos sillones y un sofá en un lado… El suelo relucía, limpísimo, de tono oscuro. Era como un espejo negro.

Brigitte fue llevada al fondo de la habitación, es decir, a la pared de enfrente de la puerta, y los dos asiáticos se apresuraron a regresar, verdaderamente deprisa, junto a Pukin Zondga, que permanecía en el umbral.

—Pukin —dijo Brigitte, calmosamente—, le tengo por lo bastante inteligente como para querer escucharme. La situación…

—Comprendo muy bien cuál es la situación —movió la cabeza el hombre de los tres ojos—. Es evidente que usted nos ha estado engañando a todos, por lo cual merece mi admiración más completa, más absoluta y rendida. Si nos ha estado engañando, significa también que no se ha metido sola en esta trampa: De un modo u otro, tengo que comprender que estoy localizado, cercado, acorralado completamente. ¿No es así?

—Sí. Pero podemos llegar a un acuerdo que…

—No. No habrá acuerdos. Y le diré por qué: porque todo ha salido mal, físicamente. Pero no en el sentido de conseguir mis objetivos, sino que, en realidad, yo mismo me he derrotado a mí mismo. Estaba convencido de que tenía el Tercer Ojo…

—Es sólo un trozo de vidrio —murmuró Brigitte.

—En efecto.

—Entonces…, ¿qué podía tener en él?

Pukin Zondga movió de nuevo la cabeza. De pronto, se quitó el ojo de la frente. Simplemente, lo despegó de la frente, donde se

había sostenido bien encajado en los pliegues de piel efectuados con tal fin. Era extraño ver en su frente lo que parecía una cuenca vacía, pero más extraño aún era verlo con el ojo en la mano. Medio ojo de cristal, plano en su lado de atrás, para que pudiese quedar bien adherido a la frente. Una pupila negra, fría, que ni veía nada en aquel momento ni jamás había visto nada, obviamente.

—No es fe en este trozo de cristal —murmuró el bhutanés—. En realidad, esto es solamente el símbolo del auténtico poder que yo creía tener. Estaba seguro de que veía a través de las cosas y de las personas, merced a mi tercer ojo practicado en la frente. Esto fue… un ardid para impresionar a Larck, y a otros como él.

—¿Qué otros?

—Antes que con Larck estuve en contacto con otros científicos, en busca del arma definitiva que permitiera tener bajo mi control a la humanidad. A medida que fueron fracasando, a medida que las armas que me iban ofreciendo se convertían en cosas que no se acercaban, ni con mucho, a lo que me habían ofrecido en principio, les fui trayendo a la tumba, pues no podía dejarles marchar, ya que sabían demasiado. Mi objetivo…

—Sé cuál es su objetivo, puesto que anoche le escuché con suma atención: dominar el mundo por medio de la mente. ¿O quizá esté mejor dicho dominar las mentes de todo el mundo?

—Pero para mejorar esas mentes, a la larga —sonrió Pukin Zondga—. Había olvidado que, en efecto, anoche hablé mucho. Me pregunto cómo pudo usted… sostener la situación de tal modo que consiguió engañarme completamente. ¡Admirable! ¿Realmente estuvo despierta, consciente, con todas sus facultades en todo momento?

—En todo momento.

—¿Incluso cuando yo…? Bueno, cuando la…

—Eso no tuvo la menor importancia en mi vida —sonrió fríamente Brigitte.

—Entiendo. Y además, ni siquiera llegamos a consumarlo… Lo tenía todo previsto, ¿no es así?

—Casi todo. Y eso, sin tener tercer ojo. Pero, Pukin, vamos a ser todos sensatos. En lo que a mí respecta, no quiero morir, desde luego. Y no creo que usted…

—Se equivoca. A mí lo mismo me da, ahora que usted ha podido

engañarme. De Larck ya sabía que no podía fiarme, pero tenía que ir sosteniendo la situación, pues su arma sí me interesaba. En cambio, con usted, me he equivocado de tal modo que… No. Bien pensado, no quiero morir. Quiero irme de este país, volveré a Asia a mis montañas, y allí, me dedicaré a meditar en esto, en buscar nuevas posibilidades para mi mente… ¿Entraría en su trato dejarme regresar al Himalaya?

—¿Por qué no? Podemos hablar sobre ello.

Pukin Zondga estuvo unos segundos mirándola fijamente, ahora sin trampa de ninguna clase, con sus negrísimos ojos. De pronto, movió negativamente la cabeza.

—No —dijo—. Usted ya me ha engañado una vez, y puede engañarme mil más. No hay trato.

Pukin Zondga apretó el interruptor de la luz de aquella habitación, por tres veces seguidas, rapidísimo. Y Brigitte respingó cuando, en el centro de la habitación, se abrió una doble trampilla, cuyas puertas, quedaron colgando hacia el hueco… Al instante, un olor denso, fuerte, penetró con tal fuerza en su nariz, que se llevó las manos a ella, protegiéndola.

—Es un poco fuerte, al principio —admitió Pukin—, pero el olfato se acostumbra enseguida a él. Es un ácido. Es… la tumba adonde han ido a parar los científicos que fracasaron en su intentó de complacerme. He invertido mucho dinero buscando a esos hombres en Estados Unidos, pero ya no importa nada. En cuanto a dinero, con cien millones de dólares…

—Ya no los tiene usted. Los tiene Larck. Mejor dicho, unos hombres qué trabajan para él. El nombre de uno de ellos es Kramer. Y le aseguro que el profesor Larck tiene proyectos para su «Reserved Craze» que, mucho me temo, difieren de los, suyos, Pukin.

—Ya no importa nada. Adiós, señorita Montfort.

Pukin Zondga volvió a apretar el interruptor…, y en el acto, tras oírse un suave chasquido, el suelo comenzó a desplazarse hacia Brigitte.

Capítulo IX

La espía internacional se envaró un instante. Luego, su mirada fue hacia el suelo, que se iba desplazando de tal modo que no tardaría mucho, si seguía así, en desaparecer de debajo de sus pies… Es decir, que ella caería en la fosa donde el ácido que Pukin Zondga tenía preparado hacía tiempo, como… cementerio en el que desaparecían todas las personas que dejaban de interesarle, seguramente la convertiría en polvo en pocos minutos.

Polvo que se posaría en el fondo de la fosa… Y eso sería todo lo que quedaría de Brigitte Baby Montfort.

—Pukin… Pukin, espere…

—No. Voy a intentar escapar, sin aceptar tratos con usted. No puedo confiar en quien tan bien ha sabido engañarme. Puede usted hacer lo que quiera, Brigitte: gritar, llorar, suplicar, orar, maldecir… Su suerte está echada, simplemente. Nada de lo que diga…

No se oyó nada.

Pero de pronto, la frente de Arko estalló. Fue escalofriante y sorprendente. Estalló hacia afuera, en un horrible boquete que proyectó hacia el exterior masa encefálica, sangre, esquirlas de hueso… El impulso del balazo recibido en la nuca fue tan fuerte que llevó a Arko hasta el mismo borde de la fosa, donde, finalmente, ya muerto, se precipitó.

Nar se estaba volviendo ya, la pistola lista para disparar, pero, evidentemente, estaba en desventaja: aún no había terminado de volverse cuando la bala le acertó en el pecho, derribándole en dirección a la fosa… Pero Nar todavía tenía fuerzas y comprensión para saber lo que significaba aquello, así que, gritando, pareció adherirse al suelo, como si todo su cuerpo fuese una ventosa.

Pukin también se había vuelto, y vio a Larck, con una pistola en la mano: la pistola de Ozin, que Brigitte no había podido recoger…

—¡Larck, no…! —empezó Pukin.

Plop.

La siguiente bala alcanzó a Nar en el centro de la frente y el asiático quedó tendido en el suelo, cara al techo. Brigitte desvió la mirada del último cadáver, para mirar, aterrada, hacia el profesor.

—Larck… ¡Larck, por favor, detenga la marcha de ese mecanismo, hágalo! Usted y yo podremos entendernos mejor, no somos de mentalidades diferentes… ¡Le conviene hacer tratos conmigo, Larck!

—Se equivoca —movió la cabeza el científico—. No tengo el menor interés de hacer tratos con usted. ¿Por qué habría de aceptar, esa estupidez? ¡Todo está a mi favor!

—¡No! Ahí fuera hay hombres de la CIA, que ya deben haber capturado o matado a Kramer y a los demás. ¡Todo está lleno de personal de la CIA! ¡Detenga la marcha del piso, Larck…!

El profesor sonrió como divertido, y miró a Pukin, que permanecía inmóvil, fija su mirada en Lark. En el ácido se oía un suave gorgoteo, producido por la absorción del cadáver de Arko, que se iba disolviendo rápidamente…

—No voy a detener la marcha del piso, porque quiero que todos ustedes vayan a parar a esa tumba que siempre me escalofrió.

—Pukin la tenía preparada para usted, ¡pero yo no le tengo preparada ninguna tumba! ¡Detenga esto, por Dios!

—¿De modo que también era para mí?, —miró torvamente Larck al asiático—. Vaya, hombre, vaya… Pues muy bien, la situación ha cambiado: salte, Pukin.

—¿Qué? —se demudó el rostro del hombre de los tres ojos.

—Que salte a la tumba. Es suya, ¿no? ¡Pues disfrútela!

—No… ¡No, no! ¡Claro que no saltaré! ¡No lo conseguirá, de ninguna manera!

—No sea estúpido… Bueno, pero, realmente…, ¿cómo puedo pedirle que no sea estúpido, si lo ha sido en todo memento? No sé si su cuento de dominar el mundo por la mente es o no cierto, pero, en cuanto a mí, le aseguro que la única mente que me interesa es la mía, y que el único poder en el que creo es en el del dinero. El poder del oro, ¿comprende? Por eso los cien millones de dólares…

—¡No los tiene ya! —chilló Brigitte—. ¡Pare esto!

Lark miró hacia el borde que se iba acercando a Brigitte.

Solamente debían faltar unos tres pies para que el suelo terminase de desaparecer, con lo que la espía caería irremediablemente al ácido…

—Todavía tiene usted tiempo de oírme, y puesto que trabaja para la CIA, seguramente le ya a interesar mucho. ¿Qué cree que pensaba hacer con el RC? Pues, sencillamente, ser el hombre más rico del mundo. Lo demás son tonterías, querida mía. Dentro de muy poco, cuando me hubiese desembarazado de Pukin, y ya estuviese bien instalado, con los cien millones de dólares a mi disposición, lo primero que habría hecho habría sido disparar una buena cantidad de mi gas en algunos acuartelamientos militares norteamericanos. Por un lado, por simple diversión. Por el otro, como advertencia bien clara de que, a partir de aquel momento, yo sería quien tomaría todas las decisiones del mundo, yo sería el más rico, el más poderoso. Yo sería… ¡el Único! Este cretino —rió, señalando a Pukin— seguramente habría querido ser… el Sumo Sacerdote Mundial, o algo así. Yo, no. Yo, simplemente, el amo. Salte, Pukin.

—¡No! ¡No salta…!

Plop.

Pukin recibió el primer balazo en el pecho, y, acto seguido, el segundo en la cabeza. Como Arko, fue impulsado hacia atrás, y su cuerpo se hundió en el ácido, alzando algunas salpicaduras… Riendo, Larck se acercó a Nar, y lo empujó a puntapiés hasta el borde. Cuando Nar cayó, Brigitte veía ya perfectamente el líquido bajo ella, y cómo los cuerpos se iban disolviendo. El hedor era terrible ahora… Y ella sólo estaba en equilibrio sobre una franja de piso de apenas treinta centímetros, moviendo continuamente los pies, pues el suelo, como una persiana enrollable, iba desapareciendo hacia la pared, por la delgada ranura.

—Sólo queda usted, —miró Lark, sonriente, a Brigitte—. Y no por mucho tiempo. Tan poco tiempo, que puedo permitirme el lujo de perderlo, con tal de no privarme del espectáculo. Vamos… Un poco más… Un poquito más… ¿Cómo es posible que no caiga usted todavía…?

Brigitte se disponía ya a cerrar los ojos, casi sentía ya en su piel el abrasador contacto del líquido, cuando por detrás del excitadísimo, casi trastornado profesor Larck, apareció Número

Uno, en silencio completo.

—¡Uno! —sollozó Brigitte.

El espía estaba pálido como un muerto. Su puño derecho golpeó a Larck en la barbilla, partiendo la mandíbula como si fuese de galleta, y enviando aquel cuerpo por el aire, hacia el ácido… El chillido de Sidney Larck fue tan breve que cabía preguntarse si realmente había sonado… Lo que sí sonó fue la caída de su cuerpo en el ácido, mientras Número Uno entraba en la habitación, veía el interruptor, y, tras vacilar un instante, sacaba la pistola y, con la culata golpeaba allí con toda su fuerza. Hubo destellos azulados, chispazos, en alguna parte se oyó el siseo de cortocircuito…, y el suelo se detuvo, cuando ya Brigitte tenía los pies colocados casi paralelamente a la pared, buscando el máximo equilibrio, hasta el final.

—Sólo había cuatro hombres —dijo el espía—. Los de aquel coche, nada más. En el maletero, estaba el dinero.

—Uno… —sollozó Brigitte—. ¡Por favor, Uno…!

Angelo Tomasini, Número Uno, todavía pálido como un cadáver, asintió con un gesto.

—Te sacaré de ahí, antes de un minuto —murmuró.

Este es el final

—… Y luego, Uno encontró una escalera metálica, a la que unió unos tablones de una de las camas, y yo me deslicé por esa pasarela y salí de… la tumba.

Charles Alan Pitzer se quedó mirándola fijamente. Luego, miró a Uno, que estaba de pie ante la ventana del cuarto que ocupaba Frank Minello en la clínica de la CIA, vuelto hacia el jardín, como fascinado por el radiante sol de la mañana.

—Está bien —masculló Pitzer—. Pero no debió engañarme también a mí, Brigitte.

—Bueno, tío Charlie —sonrió la divina—. Uno y yo convinimos en que el engaño con usted debía proseguir, pues temimos que no pudiese ocultar su alivio, si le decíamos la verdad. Quizá alguien le estuviese vigilando, a usted y a otros agentes de la OTAN. En fin, era mejor así. De este modo, nadie podría sospechar que cuando, en el garaje, vi aquella esfera de cristal en el aire, sospeché que se trataba del RC, y recurrí a mi bolsito, que ya estaba preparado, previendo esta contingencia. En realidad, el bolso era todo él una mascarilla antigás, pues me temía que pudiese ocurrir algo así. También sabía que me querían viva, así que luego pensé que, si simulaba estar bajo los efectos del RC, era muy posible que el hombre de los tres ojos quisiera que me llevasen con él…, como así fue. Y eso era, precisamente, lo que yo quería: llegar hasta ellos, para conseguir el antídoto…, si existía realmente. Por eso en cuanto vi que el gas hacía efecto en Paul Wendox y en el asiático, comprendí que había llegado el momento de hacerme la loca furiosa, y luego simular que había muerto mi cerebro.

—Pero no había muerto.

—¡Claro que no! —rió Brigitte—. ¡Y fue de lo más divertido lo que pasó con Pukin Zondga…!

—A mí no me parece nada divertido —gruñó Uno, volviéndose.

—¡Oh, vamos, mi amor…! —Le miró, risueña, la divina—. Eres demasiado hombre para que una tontería como ésa…

La puerta se abrió de pronto, y entraron tres hombres y una enfermera. Ésta portaba una bandeja sobre la que se veían algunas jeringuillas, llenas de líquido ambarino… Brigitte se puso en pie de un salto, un poco impresionada.

—¿Ya está? —exclamó.

—Sí —dijo uno de los hombres—. Y hemos pensado que usted querría que el primero fuese su amigo.

Brigitte miró a Frankie, que continuaba tendido en la cama, con los ojos abiertos, demacrado el rostro, inmóvil, como muerto…

—¿Y si falla? —susurró.

—No. Estamos seguros, ahora. Como siempre, la solución era sencilla…, para los buenos investigadores como Sidney Larck, claro. ¿Procedemos?

—Bien… No sé… ¿Qué le pasará ahora a Frankie?

—Salvo que nos hayamos equivocado mucho, se dormirá. Tenga en cuenta que lleva así varios días. Está despierto, en plena vigilia. Hemos pensado que el primer inconveniente con que se encontrarán al… regresar, será el sueño. Un sueño terrible. O eso, o… jamás regresarán. Pero tenemos la certeza de que sí.

Brigitte volvió a mirar a Frankie. Era absurdo esperar más. Si todo iba bien, no había por qué esperar más. Y si tenía que ir mal, lo mismo daba que el pobre Frankie muriese en aquel momento o dentro de cuatro o cinco días.

—Está bien —murmuró—. Adelante.

El líquido fue inyectado. Luego, en total silencio, todos los presentes se quedaron mirando a Minello, que permanecía igual, inmóvil, impávido. No se movía, no pestañeaba. Fueron pasando los minutos…

—Dios mío —gimió Brigitte, inclinándose hacia su más querido amigo—. Frankie… ¡Frankie!, ¿no me oyes? Soy yo, Brigitte… ¡Soy Brigitte!

Los ojos de Minello se movieron, de pronto, lentamente, y se fijaron en los de la divina espía.

—Tú que…, que demonios… has de ser Brigitte… Eres… un sueño… Maravilloso, pero… sólo… un… su… e… ño…

Cuando Frankie lanzó el fortísimo ronquido, incluso Número

Uno soltó la carcajada.

FIN